

# Sangría

Revista de terror y novela negra

Año I Número 3



Sangría, revista de terror y novela negra, año 1, No. 3, 2021, es una Publicación cuatrimestral editada y publicada por Bruno Cayetano Pérez Munguía, Avenida Trujillo 216, Colonia Hacienda de Santa Fe, Tlajomulco de Zúñiga, C.P. 45653, Jalisco, Tel.: 3311893499, correo electrónico: [somosrevistasangria@gmail.com](mailto:somosrevistasangria@gmail.com), [editorial@revistasangria.com](mailto:editorial@revistasangria.com). Reserva de derechos al uso exclusivo on-line e impreso: en trámite, ISSN on-line e impreso: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor. Maquetada por Bruno Cayetano Pérez Munguía, Avenida Trujillo 216, Colonia Hacienda de Santa Fe, Tlajomulco de Zúñiga, C.P. 45653, Jalisco, Tel.: 3310050278, correo electrónico: [bruno.perez@revistasangria.com](mailto:bruno.perez@revistasangria.com). Este número se terminó de maquetar el 26 de enero de 2021. Las opiniones expresadas por los autores no están basadas en las posturas del editor ni de la revista. Se permite el uso del material incluido y la reproducción de su contenido para trabajos académicos o de otra índole, siempre y cuando se cite la fuente.

## **Dirección general**

*Bruno Cayetano Pérez Munguía*  
*Ana Paulina Murguía Fabián*

## **Coordinación y cuidado editorial**

*Ana Paulina Murguía Fabián*  
*Bruno Cayetano Pérez Munguía*

## **Diagramación y diseño**

*Bruno Cayetano Pérez Munguía*

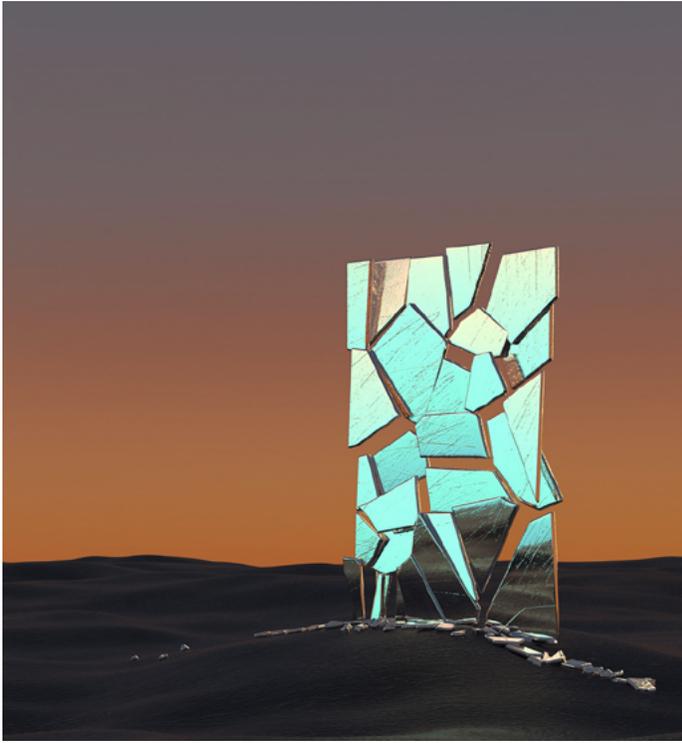
## **Comité editorial y corrección**

*Ana Paulina Murguía Fabian*  
*Bruno Pérez Munguía*  
*Brenda Fernanda Escobedo Dávila*  
*Liliana María García Salcedo*  
*Wendy Patricia Lamas Domínguez*  
*Jacqueline Vallecillo Vargas*  
*Alondra Montserrat Rodríguez Huerta*  
*Hannia Rebeca Muñoz Pimentel*  
*Kristoff Arias Venegas*  
*Sandra Rodríguez Valenzuela*

# CONTENIDO

Del otro lado del espejo <i>Ottoniel Herso</i>	8
Ellos <i>Claudia Rojas Silva</i>	11
La Hora del Miedo <i>José Luis Aguirre Garay</i>	14
La Primera Vez <i>H. A. Camacho</i>	17
Lita <i>Fátima Chong</i>	20
San Simeón <i>Daniela Salinas</i>	23
Selfie <i>Aura Guerra-Artola.</i>	26
Un cadáver no puede reír <i>Jesús Ramírez</i>	29
Pesadilla No. 367: Valentía forzada <i>Karla Ofelia Benítez Mendoza</i>	32
El ruido del vientre <i>Gabriela Castro Reynel</i>	36
Pupilas de loco <i>Victoria Morrison,</i>	37

Sombras	38
<i>Abraham Campos Nava</i>	
Témeme a mí	39
<i>Elahi Roboa</i>	
El sueño	45
<i>Cynthia Márquez</i>	
Cloaca	45
<i>Oscar Juárez Becerril</i>	
Después de la cena	46
<i>Lorena Gutiérrez Aviña</i>	
Ella te mira	47
<i>MarieM</i>	
Flores de azalea a las 3:00 a.m.	47
<i>Saúl Reyna</i>	
Hada de los dientes	47
<i>Nohemi Damian de Paz</i>	
La verdulera	48
<i>Ignacio D. Arellano Torres</i>	
Miedo	48
<i>María Pinto del Solo</i>	
Un bulto	49
<i>Pedro Manuel Chavarría Xicoténcatl.</i>	
Kotoko: el horror de la psique humana	52
<i>Estibali Méndez</i>	



## Del otro lado del espejo

---

### Ottoniel Herso

Siempre tuve una extraña pasión por coleccionar objetos inusuales. Comencé de niño guardando los huesos de perros o gatos muertos que encontraba en la calle, y les tallaba el que creía que era su nombre. De más grande coleccioné cosas más serias, como una cama en la que mucho tiempo atrás un cura escondió los cadáveres de una docena de bebés.

Conforme me gané la fama de comprador excéntrico de objetos extraños y paranormales, muchos farsantes intentaron engañarme. Me ofrecían desde imitaciones de cadáveres de momias hasta un refrigerador sellado del cual, a cualquier hora, de manera espontánea, se escuchaban los gritos de varias personas siendo golpeadas y asesinadas. Me negué a comprar baratijas por ser sim-

plemente llamativas. Yo iba en busca de algo que estableciera cercanía con otra vida, con otros mundos, que en realidad tuviera aprisionada el alma de un ser antiguo, que abriera la posibilidad de romper los límites de la ciencia, y que me mostrara que las más grandes aberraciones y monstruosidades se encuentran escondidas o capturadas en los objetos más simples.

Así fue como conocí la tienda de objetos misteriosos del brujo Anjiit. Él era un ser extraño. A pesar de su gesto sereno, su mirada parecía guarecer con disimulo la costumbre de la mentira y la violencia. En cuanto me vio a mí y a mi esposa entrar a su tienda, no pudo dejar de observar con exagerado deseo a mi mujer. Intenté que la visita fuera rápida. En definitiva, era un hombre de pocas palabras, virtud que iba bien con su negocio debido a que, más que hablar, debía demostrar la razón por la que sus objetos extraños eran llamados como tal y eran vendidos a precios tan elevados.

Me convenció de comprarle su espejo «gusano» y acepté en cuanto me mostró cómo funcionaba. Anjiit tomó un libro y caminó lentamente hacia el espejo, lo atravesó y después me miró desde el otro lado del cristal reflejante. Con mucha mayor intensidad miró a mi esposa. Al regresar, el libro no pudo pasar de vuelta, pero él sí. Antes de pagarle la enorme cantidad que me pidió por el espejo, me explicó tres sencillas reglas. La primera era que, siempre que cruzara el espejo para explorar del otro lado, tenía que llevar conmigo un objeto, debido a que el espejo te dejaba regresar siempre y cuando le entregaras algo a cambio. En caso de no llevar algo, el espejo no dejaba regresar al visitante. Era un gusano de cristal hambriento de materia. La segunda regla era que todo aquello que le entregabas para que te dejara regresar no podía volver del lado original. Y la tercera era que el espejo no

podía destruirse a menos que fuera destruido desde el lado real.

Cuando llegué a casa con mi maravilloso espejo, como un niño pequeño comencé a entrar y salir por él todo el tiempo que me era posible. Dejaba baratijas del otro lado para poder regresar y desordenaba también las de este lado en busca de objetos inservibles que ofrecer al gusano. Mi esposa Clarisa no se sentía atraída por las antigüedades macabras que yo acostumbraba a comprar, sin embargo, siempre mostró respeto hacia mi colección. Pero, en este caso tan singular, se sintió tentada por atravesar el espejo como nos vio hacerlo al brujo y a mí.

Nos tomamos de la mano y cruzamos la superficie de cristal. En mi otra mano sostuve una copa vacía. Estuvimos un buen rato del otro lado, explorando nuestra casa. Era idéntica. Lo interesante es que, aunque fuese un reflejo experimentable de la misma casa, podía ser completamente otra. Poseía los objetos que del otro lado ya no estaban. El lado «virtual» del espejo, por así decirlo, devoraba y devoraba cosas hasta volverse un reflejo deformado por la acumulación de objetos. Además de eso, en el lado virtual no existía nadie además de nosotros. Nos asomamos por la ventana y todo estaba como en el mundo real, solo que deshabitado, ningún alma, ningún ruido, ningún ave interrumpía la serenidad del silencio.

Al cruzar el espejo de regreso, me di cuenta de que Anjiit olvidó darme las particularidades de la primera regla: El espejo escoge qué o quién se queda en cada uno de los lados. En esta ocasión, el gusano de cristal decidió que me dejaría pasar con la copa en mi mano, pero no con mi esposa. Pasé de nuevo a través de él con el mismo objeto, e intenté la misma salida. Pero el maldito espejo me escupió de nuevo con la copa. Clarisa después

intentó pasar de este lado sosteniendo un florero, pero fue inútil. La segunda regla se cumplió a la perfección: ningún objeto ofrecido como boleto de regreso al espejo puede volver al lado real.

Probé más de cien formas diferentes de engañar al cristal, pero fallé. Intenté por horas, incluso intenté canjear el paso de mi esposa a cambio de otra vida. Hice cruzar a un perro y a un gato, pero en cada ocasión regresaba solo yo y las mascotas. Si pasaba más de dos minutos en el lado virtual del espejo, comenzaba a dolerme la cabeza y los huesos, así que no podía estar materialmente mucho tiempo con Clarisa.

Desesperé y casi enloquecí. Busqué por toda la casa algún objeto que el espejo pudiera tomar a cambio de Clarisa, pero fue inútil. Cada vez que era escupido al lado real, sentía como si el espejo se burlara, y al mismo tiempo me dijera que debía entender que Clarisa ya pertenecía al lado virtual. Era suya.

No pude soportarlo más, hice hasta donde mi imaginación divisó posibilidades. Tomé las llaves del auto para ir en busca del brujo. Me imaginé poniéndole las manos en el cuello, ahorcándolo con catarsis endiablada hasta hacerle explotar los ojos. Pero una voz familiar que no era la de Clarisa me llamó con tono burlón desde el lado virtual.

Leandro, apreciado Leandro, veo que te diriges a buscarme, enfurecido, sin control, para que soluciones los problemas que tienes con mi espejo — dirigí de inmediato la mirada al brujo, que se encontraba detrás de Clarisa — te recomiendo que no vayas, porque no me encontrarás en la tienda, y porque eso implica que yo me quede... solo con tu esposa.

Su forma de mirar a Clarisa mientras me retaba con su burla hicieron que fuera consciente de cuánto la sangre puede arder de furia animal por

todo el cuerpo. Noté que Clarisa intentaba moverse, pero sus manos, sus piernas, hasta su gesto horrorizado se hallaban congelados. Parecía que el brujo la había inmovilizado con su magia.

—¡Maldito brujo! Dime que carajos es esto ¡Dime por qué mi esposa no puede regresar al lado real! — sin darme cuenta, los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Te daré solo una breve explicación de la razón por la cual tu hermosa mujer no puede volver contigo. Esa razón es porque el espejo decide quién se queda de qué lado, y el espejo decide lo que yo desee — conforme el brujo emulaba cada palabra, su gesto se volvía obsesivo y demoníaco.

—O regresas a mi esposa de este lado ¡O te despedazo el puto cuerpo con mis manos y dientes!

Al instante en que dictaminé mi amenaza, mi sangre alcanzó la máxima temperatura que se puede alcanzar cuando uno enfurece, mi vista se nubló por el colapso de furia que hacía reacción por todo mi cuerpo, y me arrojé hacia el cristal con la intención de cumplir mi palabra. Pero el espejo no me dejó pasar. Otro intento inútil sumado a la lista de mi desesperación.

—Te dije que yo escogía quién se quedaba y pasaba a qué lado. No intentes nada más, por favor, que todo será en vano. Permíteme, mejor, mostrarte el acto siguiente del espectáculo.

Con un movimiento de su mano, sin yo poder comprender lo que había sucedido, en una milésima de segundo, el brujo hizo que el vestido de mi mujer cayera al suelo, dejándola únicamente en ropa interior. Colapsé por completo, y la idea de romper el espejo, con la misma rapidez con la que él hizo caer el vestido, me resultó la única solución. Creí que si rompía el espejo lo más rápido posible, tal vez Clarisa no sufriría dolor; tal vez su existencia se evaporaría cual triste sueño, como el

resultado de salvarla de todo lo que el brujo podía hacerle. De cualquier forma, yo estaba en el lado real. Tomé una silla y, con toda la locura que mis huesos y músculos eran capaces de actuar, la arrojé al espejo maldito. Pero no se quebró en los miles de fragmentos que deseaba ver. Lo intenté dos veces más, y nada. El brujo se rio con toda la fuerza que su estómago le permitía, y tal vez fue eso lo que le hizo perder por unos segundos el control sobre Clarisa. Aprovechando el descuido del brujo, ella hizo lo mismo que yo intenté, arrojó una botella de Whisky sobre la superficie del espejo. En mil pedazos se deshizo su imagen frente a mí y por fin pude entender en donde me encontraba varado.

Pegada a un fragmento de espejo, al instante de caer yo de rodillas por la tristeza, pude leer una etiqueta que decía:

«TIENDA DE OBJETOS  
MISTERIOSOS ANJIIT»

NOTA: ESTE ESPEJO SOLO PUDE DESTRUIRSE DEL LADO REAL.



## Ellos

### Claudia Rojas Silva

La siguiente historia sucedió hace dieciocho años. Por supuesto, no pretendo influir en la razón y la lógica de nadie; sin embargo, eso vieron mis ojos y los ojos de otros testigos que no me darían la razón si solo estuviera mintiendo por convivir. Tres de esos testigos son excompañeras de trabajo, quienes, sin ser mis amigas, pueden dar fe de lo que vivimos. Admito que algunos pensarán que les estoy tomando el pelo; otros creerán que son hechos extraños que tienen cualquier otra explicación. Nosotros sabemos lo que vimos y lo llevaremos en la memoria sin darle más rienda suelta al intelecto.

Era una adolescente cuando todo esto ocurrió y, aunque al principio creía que eran sucesos esporádicos con alguna respuesta fácil de entender,

poco a poco, el tiempo y los testimonios de los testigos me hicieron creer que ciertamente todo ese bullicio era algo más. Y no, no soy una embustera ni estoy demente; tampoco es que ahora mismo acepte sin cuestionamientos aquellos recuerdos.

Todo ocurrió en un local comercial en la Zona Centro de un pueblo de los Altos de Jalisco, del que me reservaré el nombre para no incomodar a los actuales arrendatarios. En ese tiempo trabajaba por las tardes en una tienda de helados, y recuerdo que ese año no llegué a hacer muy buena amistad con mis compañeras de temporada, pero no es un dato en el que deba profundizar. Un día, justamente en el que nuestro comportamiento juvenil nos separaba, ocurrió un hecho que me hizo pensar que alguna de ellas me había jugado una travesura. Se acercaba el momento de cierre del día cuando fui a la trastienda para lavar unos recipientes y parte de los contenedores de la barra de exhibición cuando, sin más, apagaron de golpe la luz. Admito que me lo tomé muy a pecho y estaba a punto de lanzar un improperio, solo que, al girar hacía la puerta para ver quién había sido la graciosa, pude ver a una mujer altísima que, completamente seria, me veía con enormes ojos vacíos, mientras sus manos se posaban tranquilas al frente, sobre su vestido gris. Por supuesto, lancé el más sonoro grito y cerré los ojos para evitar verla. Admito que mis compañeras no solo acudieron al llamado de mi voz, sino que casi se rieron en mi cara por tan excéntrica narración. Esa noche me fui a casa pensando que estaba llevando muy lejos mis problemas sociales y que todo lo anterior había sido producto de mi imaginación.

Como es natural, pasaron algunas semanas antes de que otro suceso así ocurriera, solo que esta vez las cosas fueron menos personales. Pasaban pocos minutos de las cuatro de la tarde,

cuando todas nos quedamos quietas, especulando sobre nuestros asuntos, sentadas en los bancos que teníamos para descansar. Recuerdo que afuera hacía calor, sin embargo, el interior de la tienda, quizá por su arquitectura de cantera y las bóvedas tan altas como solo las casonas antiguas podían ser construidas, nos protegía del calor de la temporada; el ambiente era muy agradable y no puedo culpar al clima por lo que sucedió. Nos encontramos en ese estado de tranquilidad cuando, sin más, un fuerte y sonoro ruido se escuchó en la trastienda. El sonido era como si hubiesen tirado intencionalmente las jarras de plástico que utilizábamos para distintos preparados, acto seguido, así de pronto, se abrió la llave de agua potable. Todas nos vimos a los ojos incrédulas ante lo que escuchábamos. Enseguida, quien estaba más cerca del pasillo fue la que tuvo el atrevimiento de levantarse para ver qué había sucedido. Cuál sería la sorpresa que nos llevamos al ver que todas las jarras estaban en el mismo lugar, la llave de agua cerrada y no había el mínimo rastro de humedad cuando, con un grito ahogado, nos llamó para que fuéramos a comprobar lo que ella veía.

Pues bien, con estos dos hechos como preámbulo, se desataron otra serie de acontecimientos que cada día hacían insoportable nuestro trabajo; por ejemplo, las risas macabras de un niño que parecía rebotar una pelota cerca de los congeladores del pasillo; o el suspiro de cierta mujer que una de mis compañeras no logró describir, para comparar si era la misma que yo había visto aquella noche, ante el ataque de pánico que sufrió después de escucharla en plena tarde. Tampoco era de sorprender que justo en los momentos de tranquilidad, una de las puertas del sanitario, que se encontraba en el segundo piso, se cerrara con un estrépito que a todas nos hacía saltar; o que dejá-

ramos la barra de granos (gomitas, alegría, nueces, almendras, granillos multicolor y chocolate) absolutamente limpia por la noche y la mañana siguiente amaneciera un completo desastre.

Fue una temporada que mis sentidos rechazaban todo el tiempo, sin embargo, más público se nos estaba uniendo. Los lunes, por lo general, recibíamos la mercancía para surtir la tienda, entonces, después de esperar paciente en el pasillo para que alguna se desocupara para atenderlo, uno de los visitantes hizo el siguiente comentario:

—Te confesaré algo. Cuando entré a la oficina y bajé su pedido, saludé a una mujer que estaba sentada... justo ahí. —Señaló con el dedo hacia el interior, donde estaba la silla vacía.

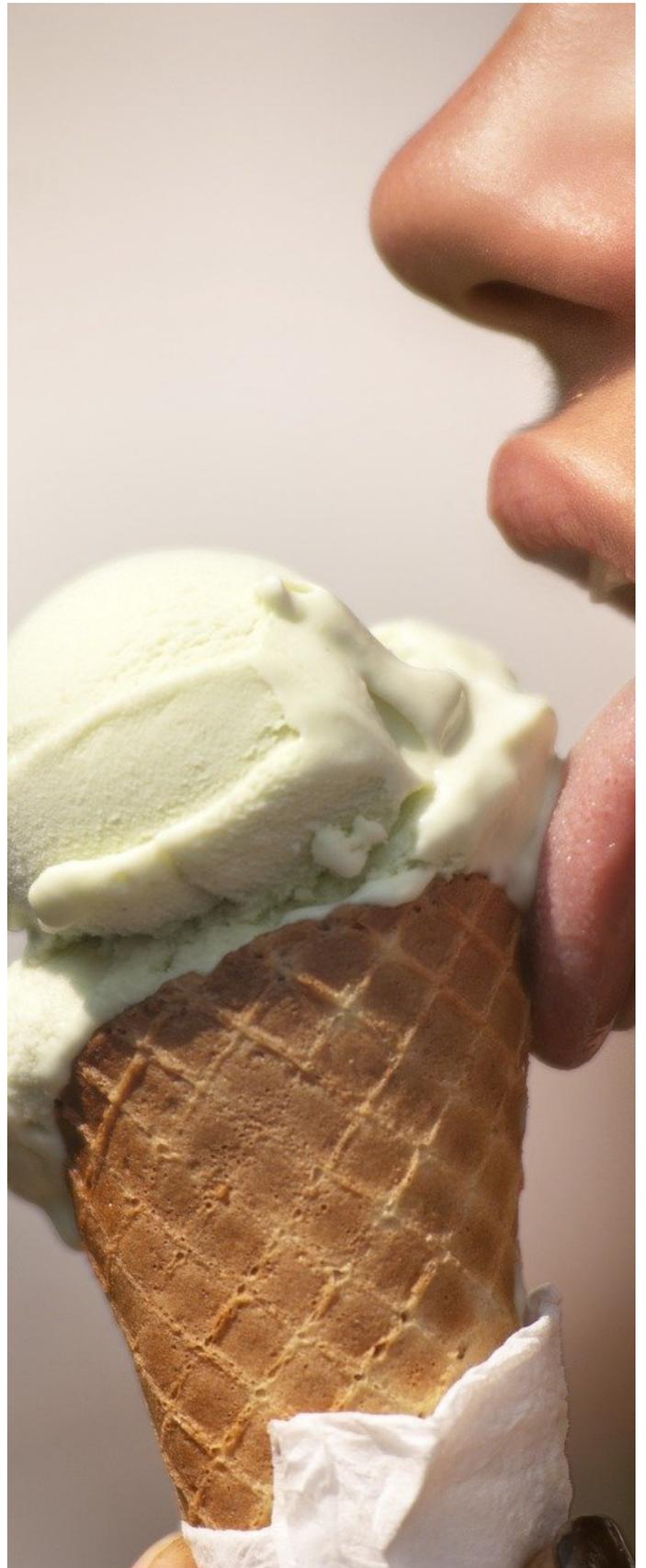
—Segundos más tarde, desapareció... creo que estoy alucinando por el calor — dijo entre risas mientras salía contrariado de la oficina.

La noche del siguiente miércoles es un día que no olvidaré. Eran las diez de la noche y estábamos todas juntas para hacer el corte de caja,

a media luz, como todos los días. Pues bien, tres de mis compañeras se hallaban del otro lado del mostrador y solo yo me encontraba frente a ellas, contando el dinero, cuando sin más, un aplauso, uno fuerte y claro, se escuchó al interior de la tienda y nos provocó girar para ver de qué se trataba. No imagino nuestros rostros al descubrir que, sentado en las escaleras con las manos sosteniendo su barbilla, mientras una soberana sonrisa se ensanchaba lánguidamente, nos observaba, con los ojos vacíos, un hombre que desapareció exactamente en el momento en que, todas juntas, emitimos semejantes gritos de pánico. No llegué a contar el dinero, solo lo vacié en una bolsa y salimos corriendo de ahí, no sin pasar abrazadas frente al espacio donde presenciamos a tal personaje... Recuerdo que algunas carcajadas malévolas

se delataron justo cuando la puerta se cerró ruidosamente, como si alguien la hubiese empujado detrás nuestro. Regresé a trabajar dos días después y, aunque poco hablamos del tema por temor a estar perdiendo la razón, la realidad es que esas apariciones cesaron hasta que trasladaron la tienda a otro local y todas fuimos tomando nuestros respectivos caminos.

Hace dos años visité el negocio que se instaló a lado y expandió su propiedad hasta ese local, y aunque no entré a lo que aparenta ser la sala de espera de la gerencia, llamó mi atención ver a un niño con una vieja pelota roja, sentado en una de las sillas. Al observar detenidamente a ese pequeño, no pude evitar recordar lo que ocurrió... y, como si fuera algo mecánico, en ese instante, el niño giró lentamente la cabeza y pude contemplar sus enormes ojos vacíos que me miraban, mientras, lentamente, extendía la mano libre para saludarme.





## La Hora del Miedo

---

José Luis Aguirre Garay

**P**or siempre llevaré en mi memoria la imagen: el abuelo, en esta sala, sentado en su silla de mimbre ante este viejo radio de bulbos, un aparato que adquirió cuando joven y que únicamente sintoniza la amplitud modulada. Noche a noche, el abuelo escuchaba su programa favorito, aquel que aún se transmite en vivo y que trata sobre historias de terror contadas por el público mediante llamadas telefónicas. Cuentos de aparecidos, demonios y otros horrendos seres del inframundo, reverberaban en las paredes de esta amplia estancia, iluminada únicamente por velas y el fulgor de la chimenea. Estos seres desfilaban en la oscuridad de la estancia, y formaban imágenes en la prodi-

giosa mente del abuelo y ante la inexperiencia de mis jóvenes sentidos.

Entonces yo era un pequeño que lo seguía a todas partes. Sin afán de aparentar nada, estoy seguro de que fui yo quien más lo quiso. El abuelo, con el cuerpo frágil y encorvado de sus últimos días, solía asomarse por esa ventana, con la mirada fija en la luna mientras transcurrían los sesenta minutos del programa. Al terminar la emisión, visiblemente satisfecho pero con ojos de sueño, el abuelo me pedía ayuda para levantarse y dirigirse a su habitación. En el corto trayecto que sus pasos volvían interminable, hacíamos un resumen de lo escuchado y sacábamos nuestras propias conclusiones. A pesar de ser un apasionado en los temas, el abuelo era totalmente escéptico y siempre encontraba algún tipo de explicación científica para todo. Cuando llegábamos a la recámara lo ayudaba acostarse y a sacarse los zapatos. Entre pujidos y estertores, el abuelo me daba las buenas noches y se despedía, santiguándome la frente. «Que descanses, Chaparro», era la frase con la que culminaba un día más de su intensa batalla.

La casa, propiedad del abuelo, está situada en los límites de la ciudad. Una ranchería para algunos, el lugar de sueños para nosotros. En su necesaria lejanía, el abuelo encontró aquí un refugio ideal para el bullicio y la interminable tensión que la vida de ciudad provoca. La casona, en buenas condiciones a pesar de haber estado abandonada por años, fue conseguida a un precio muy por debajo del presupuesto. Así que, el abuelo, mi madre y yo, cambiamos la agitación citadina por la tranquilidad que concede la lejanía.

Esta sala, donde se encuentra la radio de bulbos y donde el abuelo solía estar la mayor parte del día, está situada en la parte posterior de la casa, la más silenciosa, la más tranquila, la más oscu-

ra. Esto era ideal para él ya que su oído, un poco deteriorado por el paso de los años, no le permitía discernir entre algunos sonidos, y le dificultaba llevar a cabo su actividad favorita y la única que su cansado cuerpo le permitía. Aquí podíamos escuchar el radio sin que nadie nos oyera, nadie nos viera y nadie nos molestara. Hasta aquella noche, una noche lluviosa y angustiante como esta, donde el miedo se respiraba en el aire.

Afuera llovía a raudales. Pesados hilos de agua bajaban por las paredes de la casa y se difuminaban en los adoquines, filtrándose en la blanda tierra del suelo. La fuerte tormenta eléctrica producía intermitencias en la energía y el radio no encendía. Después de muchos años, aquella sería la primera noche en la que el abuelo no escucharía su programa preferido.

—Ahora, ¿qué haremos, abuelo? —le pregunté con aflicción, puesto que jamás había imaginado alguna actividad alterna para esas ocasiones. Además, todo a nuestro alrededor estaba oscuro, tanto que apenas nos veíamos los rostros cuando la luz de los relámpagos se filtraba entre las cortinas.

—Ven, acércate, Chaparro. No tengas miedo. La tormenta pronto pasará y podremos encender el radio.

—Hoy iban a contar la historia del ave gigante que atacó a unas personas en la plaza, abuelo... La estuviste esperando toda la semana.

—Tienes razón, Chaparro, es una lástima. Pero no importa. Mira, se me ocurre algo para pasar el tiempo. ¿Por qué no relatamos nosotros una historia como las que se cuentan en el programa? Tal vez yo pueda hacerla de conductor y tú del radioescucha. Después cambiamos de papel y yo te relato mi historia. ¿Sabes? Tengo reservada una muy buena y hoy es una noche idónea para contar-

la... Vamos, ¡no perdamos tiempo! Acerca esa vela, colócala junto a la consola y empecemos.

Pude ver la mirada de emoción en los ojos del abuelo, cuyas pupilas reflejaban el destello de la vela. Nos sentamos cada uno frente al otro, cada quien personificando su papel de conductor y radioescucha. La incesante lluvia no dejaba de golpear las ventanas y los relámpagos permitían, de cuando en cuando, distinguir con claridad el silencioso aparato de radio.

Lo reconozco. La historia que le conté al abuelo fue absurda. Un bobo relato de un fantasma que tal vez escuché en el colegio, con un final predecible y muy malo. Nada tenía que hacer al lado de los relatos que el abuelo acostumbraba a escuchar todas las noches. Sin embargo, lejos de incomodarse, el abuelo se entusiasmó y, a la manera del conductor de la radio, dio generosas gracias por mi participación en el programa de esa noche. Se despidió como si atendiera la llamada telefónica y alternamos papeles. Ahora yo sería el conductor y él, el radioescucha quien haría la llamada.

—¡Buenas y tenebrosas noches! —comencé, modificando un poco mi voz—. Gracias por llamar a “La Hora del Miedo”. ¿Con quién tengo el gusto?

—¡Buenas noches! —contestó el abuelo con firmeza—. Con Evaristo Suárez.

—Don Evaristo, mucho gusto. ¿De dónde nos llama?

—De la comunidad de \_\_\_\_\_, acá en los límites de la ciudad.

—¡Excelente, don Evaristo! ¡Saludos a todos los radioescuchas que nos sintonizan por aquellos rumbos! Y dígame, ¿qué historia nos viene a contar en esta lluviosa noche?

—Bien, permítame comenzar... Ocurrió algunos años después de que llegamos mi familia y yo

a esta casa. Mi nieto y mi hija estaban muy entusiasmados por estar aquí, puesto que esperamos largo tiempo hasta lograrlo. La casa se encontraba en buenas condiciones, pero requería algunos ajustes técnicos, reparaciones en las tuberías, en los tapices y las líneas de electricidad. Hice lo que pude, mientras mis fuerzas me lo permitieron. Cuando mi vejez ya no me permitió moverme como lo hacía antes, me fui recluyendo poco a poco. Opté por ocupar las habitaciones posteriores de la casa y esta sala, desde donde le estoy llamando. Esta sala que se conserva tal y como la dejaron sus antiguos propietarios. Aquí me traje mi viejo radio de bulbos en el que, noche a noche, escucho este querido programa.

«Mi nieto, el Chaparro, el menor de todos y al que más quiero, pasaba cada vez más tiempo a mi lado. Atraído quizá por el ruido blanco emitido por la radio o por la profunda voz del conductor, empezó a interesarse por los temas del programa y, conforme fue creciendo, comprendió aún más las ideas. Emocionado y ansioso, él mismo me pedía encender la radio mucho antes de que la emisión iniciara. Se entretenía jugando con sus carritos o leyendo una historieta hasta que la inconfundible música de inicio y la voz del conductor se escuchaban en los altavoces. Entonces suspendía su actividad, acercaba su silla a la mía y prestaba mucha atención».

—Muy bien, don Evaristo —proseguí, atento a las palabras del abuelo—. ¡Qué interesante historia nos empieza usted a contar! Pero díganos, ¿qué fue lo que ocurrió después?

—He dicho que las reparaciones de la casa quedaron inconclusas porque mis capacidades físicas de anciano me impidieron continuar. Una noche igual de lluviosa a esta, cuando el Chaparro estaba próximo a cumplir once años, un fuerte relámpago cayó en el patio de la casa. Lo pude ver a través de la ventana, esta que tengo frente a mí. La corrien-

te eléctrica de la sala se cortó de tajo y quedamos completamente a oscuras. Pedí al Chaparro que encendiera unas velas que estaban en el cajón de una cómoda y que las colocara sobre el aparato de radio. Así lo hizo. La tormenta prosiguió con mucha más fuerza y el agua empezó a colarse por una abertura del techo que nunca pude reparar. La lluvia entró a la habitación y comenzó a mojar el piso y a esparcirse por todos los rincones. “Pronto, Chaparro”, le dije, “quítate los zapatos que se te van a mojar, y hazme el grandísimo favor de desconectar el radio, no se nos vaya a descomponer”.

Un nuevo relámpago me sacó de la estúpida indicación que acababa de darle al Chaparro. Mi cuerpo, anciano y debilitado, me impidió reaccionar a tiempo.

El Chaparro murió, a causa de la descarga eléctrica. Su cuerpo quedó ahí, inerte, sobre la vieja radio de bulbos. La luz había regresado inesperadamente.

\*\*\*

—Papá, ¿Cuántas veces te le dicho que ya no entre en esta habitación? Todo esto le hace más daño. Ande, sálgase de ahí, por favor...

—Ya voy, hija, ya voy. Solo quería estar aquí un ratito más —responde el abuelo, fatigado y con lágrimas que bajan por su rostro.

Don Evaristo sale de la sala, y se topa con la mirada triste de su hija, quien lo ayuda a caminar hacia su cuarto. Es viernes por la noche y afuera llueve, tan intenso, que parece que el cielo va a caerse. Antes de entrar a la recámara se dan cuenta que, en la sala, la radio se ha encendido repentinamente. A lo lejos escuchan la inconfundible voz del conductor, quien les da la bienvenida a un nuevo programa de “La Hora del Miedo”.

Un relámpago, seguido del agudo grito de un niño, vuelve a dejar la casa a oscuras.



## La Primera Vez

H. A. Camacho

Aquella noche llovía. Las letras de neón adosadas a la pared del edificio brillaban rojo y pintaban del mismo color la callejuela mojada y sucia, pero brillante. MOTEL, rezaban; la O parpadeaba a ratos con un zumbido eléctrico. La ventana más próxima yacía a oscuras. Dentro, sin embargo, la luz rojiza del neón bastaba para esbozar los muebles, los cuadros en la pared y, sobre todo, los cuerpos. El de él, que no había dicho su nombre, y el de ella, Jenet; ambos desnudos sobre la cama.

—No es cierto —dijo Jenet.

Él dejó de mirar el techo y la miró a ella.

—¿Qué cosa?

—Todo. No fue tu primera vez. —Jenet también lo miró a él—. ¿Por qué dijiste eso? ¿Por qué me mentiste?

—No..., no pensé que te importaría...

—No me importa. —Jenet tomó una sábana y cubrió su cuerpo. Él pareció decepcionado de esto. Ella lo notó, y prosiguió—: Pero..., no sé, es raro.

—¿Raro?

—Sí, raro.

Jenet se levantó y fue al tocador. Revisó su maquillaje en el espejo sin encender luz alguna, le bastaba con el rojizo resplandor del neón que entraba por la ventana.

—Son gajes del oficio, sabes —dijo—. Muchos llegan vírgenes, fingiendo que son unos expertos, pero te das cuenta enseguida de que nunca han tocado a una mujer; o que ninguna mujer los ha tocado a ellos.

Él se sentó en la cama, la espalda contra la cabecera.

—En cambio tú —continuó ella—, fingiste ser virgen y..., bueno, no eres ningún experto, pero no estuviste mal. —Le lanzó una mirada a través del espejo. No supo si el muchacho se había sonrojado,

¿cómo podría?, todo estaba rojo, pero imaginó que así había sido y eso le gustó.

Él entrelazó las manos sobre su regazo y juguetó con los pulgares. Esto lo hizo verse aún más joven. Demasiado en realidad. ¿Cuántos años tendría? A juzgar por su imagen, tal vez ni siquiera los dieciocho; mala cosa. En ese momento la O del letrero de MOTEL parpadeó y las sombras rellenaron las cuencas de los ojos del muchacho, convirtiéndolo en una calavera. El efecto duró apenas un latido, pero Jenet se estremeció, luego se dijo a sí misma que no fuera una tonta.

—Ya está bien —lanzó—, ¿Por qué me mentiste? ¿Por qué un hombre diría que es virgen cuando no lo es? ¿Esperabas que te cobrara menos?

Una sonrisa asomó en la cara del muchacho, apenas una curvatura en la comisura de sus labios, pero el gesto le pareció melancólico a Jenet.

«Diablos —pensó—, no debí preguntar».

—Sabes qué —dijo—, mejor déjalo...

—No. Está bien —respondió él. Pareció a punto de decir algo más, pero no lo hizo: cerró la boca y se giró hacia la ventana. La O parpadeó otra vez, y de nuevo apareció el efecto de calavera en su rostro.

—Pensé que si te lo decía me pondría menos nervioso —soltó, y miró a Jenet—. Sí es mi primera vez, pero no de lo que tú piensas.

Sus rasgos parecían distintos de repente, más pálidos, más angulosos, y sus ojos...

«¿Cambiaron de color? —se preguntó Jenet—. ¿Sus pupilas ya eran así de..., brillantes?».

\*

Annabel lleva tres cigarrillos al hilo. Ha convertido el alfeizar de la ventana en un cenicero improvisado mientras observa la lluvia, la callejuela pintada de rojo por el neón y a una persona de gabardina y paraguas en la acera de enfrente, tal vez una mujer, no le importa en realidad. Aún así, se dice, parece sospechoso, quizá planea asaltar el

recibidor del motel. Sí es así, ese no es su problema. Ella tiene otras cosas en qué pensar, solo es la mucama después de todo.

Suspira, da una calada a su cigarrillo y suelta el humo.

Será una noche desperdiciada, piensa, solo una habitación está ocupada, esa cuya ventana da a la letra de neón que parpadea, y los ocupantes no son más que un mocoso y su prostituta.

—Entre más jóvenes —susurra Annabel para sí—, peor es la propina.

Suspira de nuevo, da otra calada a su cigarrillo y suelta el humo.

El tipo de enfrente (o tipa), ese de gabardina y paraguas, sigue inmóvil y sigue pareciéndole sospechoso.

\*

Jenet no recordaba la última vez que su corazón palpitará con tanta fuerza, no de terror al menos. Quiso retroceder, pero sus caderas chocaron con el tocador, así que se quedó inmóvil. Sus ojos se perdían en los ojos del muchacho. Sintió como si se encontrara al filo de un acantilado y se asomara al abismo: un hueco en el estómago, las piernas de goma. Entonces él se puso de pie, todavía desnudo, dio un par de pasos y dijo:

—Prometo hacer todo lo posible para que no te duela, ¿de acuerdo?

«¡Vete a la mierda! —pensó Jenet—. ¡Vete a la mierda!».

Pero lo que salió de su boca fue:

—De acuerdo —la voz fría, la garganta seca.

Jenet nunca había leído una novela en toda su vida, pero sí había visto muchas películas; recordó justo en ese momento un viejo filme de vampiros en el que una joven era hipnotizada y se quedaba viendo fijo a la cámara mientras sus pupilas brillaban. En este caso, eran las pupilas de él las que brillaban. Puntos de luz. Parecían los ojos verde

plateados de un tigre cuando se le enfoca con una cámara de visión nocturna.

«No es posible. Dios, no es posible que esté pasando esto», pensaba Jenet.

Él siguió avanzando hacia ella. La O del letrero parpadeó otra vez y la calavera volvió al rostro del muchacho y, por primera vez, a Jenet se le ocurrió que quizá no fuera un juego de luces y sombras. En esta ocasión el cráneo había parecido mucho más detallado: hileras de dientes, la unión de las mandíbulas. Jenet no se dio cuenta, tenía el cuerpo entumecido, pero ya había subido las nalgas al tocador y pegaba la espalda contra el espejo, tratando de alejarse.

«No es posible, no es posible... », seguía en su cabeza.

—Tranquila —dijo él, andando despacio. Ya casi la alcanzaba—. Ya te lo dije, prometo hacer todo lo posible para que no...

La O titiló.

—... te duela.

Jenet vio con toda claridad cómo el cráneo movía sus mandíbulas y cómo dentro de su descarnada boca chasqueaba una lengua negra y putrefacta, poblada de llagas. Luego vio el rostro del muchacho, pupilas incandescentes, acercándose a su cuello.

No dolió, no mucho, pues el muchacho no la mordió, no como ella pensó que lo haría; no como lo habría hecho uno de los tantos vampiros de las películas que Jenet había visto. Sin embargo, sus labios sí le tocaron el cuello y ella sintió como si le drenaran..., le drenaran algo; quizás el aliento, quizá la vida, quizás algo más.

\*

Annabel lleva ya siete cigarrillos al hilo cuando ve al mocosito salir del motel. ¿Dónde ha quedado su prostituta? Quién sabe, quizá siga en el cuarto. ¿Por qué se va tan pronto? Bueno, es joven, ¿no? Precoz es la palabra que le viene a la mente.

Da una calada a su cigarrillo y suelta el humo. Una ligera sorpresa le hace levantar las cejas cuando ve que el mocosito se encuentra con la figura de gabardina y paraguas. Por la manera en que se inclinan el uno sobre el otro, Annabel imagina que se besan.

No sabe que ha acertado. Y tampoco sabe que aquella figura de gabardina y paraguas es en realidad una anciana. No sabe que cuando los labios del «mocosito» tocan los de la anciana, el tiempo parece retroceder en la piel de esta: de aparentar sesenta años de repente luce de cincuenta, luego de cuarenta, luego treinta.

Annabel da otra calada. Suelta el humo. Le dará media hora a la prostituta para que deje la habitación, seguro querrá darse una ducha. No sabe que en lugar de una joven prostituta encontrará una vieja demacrada y arrugada, cubierta solo por una sábana y pronunciando la misma frase una y otra vez, mientras se mece en la orilla de la cama: «... me ha drenado los años —dirá—, me ha drenado los años, me ha drenado los años...».

Annabel da una calada a su cigarrillo, llega hasta el filtro y lo apaga contra el alfeizar de la ventana, su cenicero improvisado. Ve que el mocosito se aleja con su pareja de gabardina y paraguas.

—Seguro fue su primera vez —susurra Annabel para sí—. Seguro lo fue.

Una vez más, no sabe que ha acertado.



## Lita

---

### Fátima Chong

**S**obrevivía del hartazgo a diario, ¡yo no sé en qué momento se le ocurrió a mi padre contraer nupcias con semejante mujer!, ¡tan distinta a mi madre!, una irreverente persona, absurda en sus juicios, de zafios modales que comía con la boca abierta y discutía lanzando en mí su alimento ensalivado mal oliente.

Yo la aborrecí desde aquel instante que dejó su estela de perfume barato en la sala de mi casa y trajo consigo su fea maleta de carnaza con insípidas prendas de vestir y a «Lita», su gata, quien correspondía a mi hostilidad arruinando mis trajes favoritos con su pelaje blanco. Él la condujo a conocer nuestra morada que ya figuraba como de ella; de inmediato desaparecieron las fotos y ropa de mi madre, sus vestigios, pese a mis lágrimas

y reclamos. Ella invadía todo, para mi padre su ahora esposa era algo así como una representación de su falso altruismo, ya que la rescató de una existencia atiborrada de penurias, quizás para él esa resultaba su catarsis.

Mi madrastra no sabía comportarse, no se vestía adecuadamente para ningún evento, pero siempre halagó mi sociable personalidad. Yo me indisponía a aceptarla. Además, se involucraba en conversaciones con mis amistades y yo me fastidiaba de lo inculta que era, pero me divertían sus metonimias ¡No era su tiempo!

La esencia de mi madre se percibía por dondequiera, nadie cocinaba como ella, ni cuidaba el jardín con tanta ventura, en comparación con esta nueva mujer que hasta las cactáceas se le secaban.

Mi padre decidió continuar con la ampliación de la casa, desde la muerte de mi madre, la ilusión de evolución se pausó, ¿por qué cambió de opinión?, ¿pensaba tener otros hijos?, ¿y yo? En nuestro antaño hogar perduraba un pasillo, con un metro de ancho por tres de largo, que quedó entre las paredes del baño y mi habitación, por el cual se suponía se construiría la escalera para conectar la planta superior; al extinguirse mamá, lo techamos con tabloncillos y láminas y colocamos ladrillos en su entrada, aislándolo de la casa. La única manera de mirar hacia ese espacio era por una ventana pequeña en el baño, que para alcanzarla ponía un banco para asomarme e introducía mi cabeza para gritar a través de ésta mis infortunios, odios y demás frustraciones, que justo allí se atrapaban; unos perecían, otros crecían como mis invencibles monstruos ¡Extrañaba en demasía a mi madre!

El descrito sitio se abriría nuevamente para seguir con la obra. La feliz pareja celebró en el jardín su unión, ella se atavió de ilusiones y yo de resentimiento: en su dedo lucía la preciosa sortija que portó mi madre como símbolo de amor a mi

padre. ¿Por qué ese anillo? No reclamé, resolví sustraerlo de su joyero apenas pudiera.

Mi padre era en exceso atento con ella, cuando de mí no recordaba ni mi cumpleaños; nunca una tarta o un regalo.

Su nueva compañera imitó algunas cualidades de mi madre, tomó su recetario y cocinó los platos favoritos de mi padre, a mí me preguntaba qué era lo que me apetecía, pero solía ignorarla. Simulaba no escucharla hasta la ocasión en que berreaba de preocupación por la minina quien subió al árbol de sicomoro del patio y no podía descender. Por fastidio más que por humanidad, fuimos al techo; usamos una escalera de vieja madera, la cual también jalamos para apoyarla en parte del tronco y alcanzar a Lita ¡De ninguna manera iba yo a efectuarlo! Yo ideé la estrategia, ella debía concretarla. Yo le sostuve la escalera que cruzaba peligrosamente, entonces, a punto de rebasar la última barra se rompió, mi madrastra en afán desesperado se asió del artefacto trayéndoselo cuesta abajo, rebotando su cuerpo justo entre las láminas y tablonos que cubrían el pasillo oscuro que aún no se modificaba, ni se modificó nunca, cayó al fondo del lúgubre espacio, mortalmente herida, pues su columna quebrada estaba al chocar contra los maderos ¡Y la maldita gata caminó alrededor mío indiferente! En un principio pretendí rescatarla, ella inconsciente, una idea turbia pasó por mi mente y reparé el daño, «¡ojalá y pronto se la devoren las ratas!» pensé, coloqué las tablas y láminas restantes, traje otras junto con clavos y martillo, cubrí la ruptura ocasionada por la caída, abandonando dentro en el sepulcral lugar a la mujer. Mientras el martillo sellaba las últimas tablas distinguía un gemido, era obvio que su instinto de vivir solicitaba mi ayuda. Lo más probable es que no podría valerse jamás por sí misma, sería una carga para mi padre y posterior para mí. Cuando el hombre regresó a casa,

luego de varios días de ausencia laboral, le inventé la historia de que su esposa había huido, para que me creyera sustraje alguna de su ropa y documentos personales y los incineré, también hurté dinero que me sirvió para caprichosos gustos ¡Nadie la buscó! No poseía familia, su única esperanza de hogar éramos nosotros. Ella subsistió pocos días, no obstante, mientras permaneció con vida arañaba las paredes. ¡Habría visto todos mis demonios en su agonía! Yo exageraba el volumen de la música o corría por las habitaciones sonando una sartén, para lo que el viudo me consideraba demente. Finalmente el sonido de sus ayes dolorosos cesó.

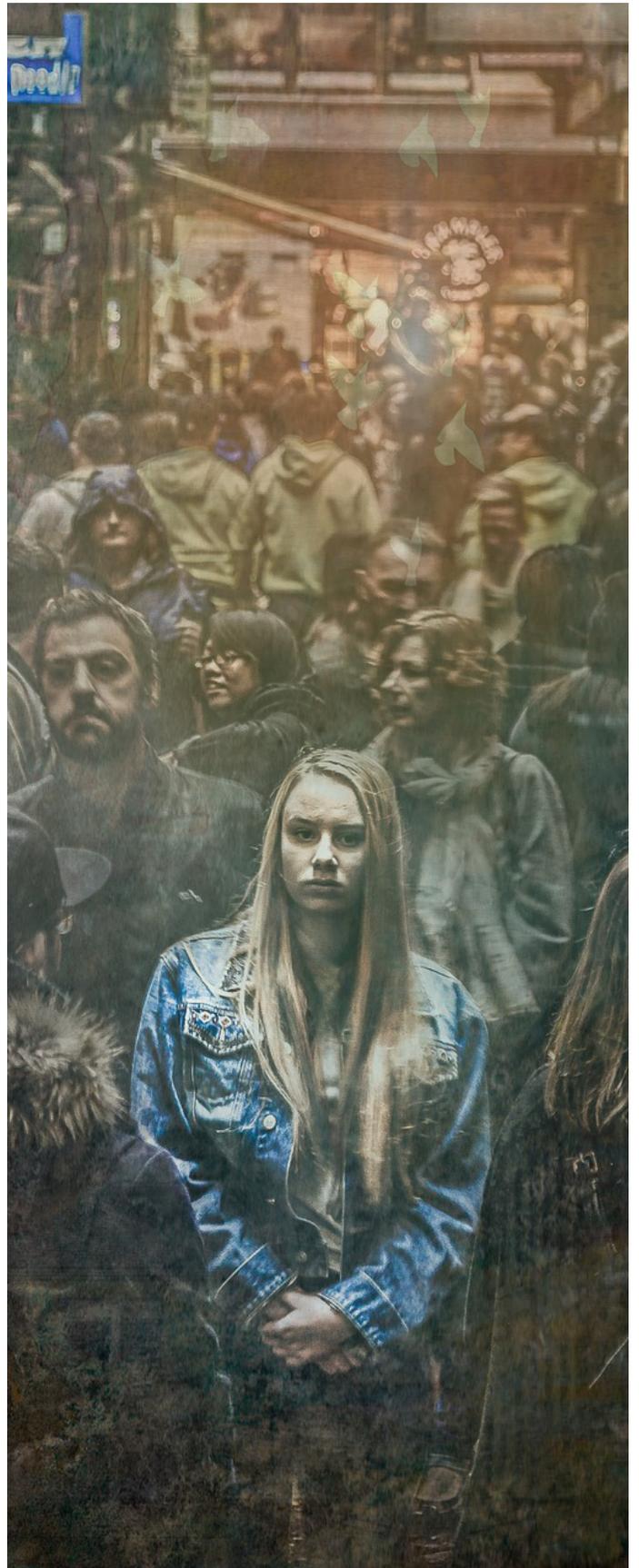
Feneció, de lo único que me arrepentí en un principio fue de no arrebatarle la joya de mamá.

Sucedió el tiempo preciso, sin piedad me dirigí a su armario para deshacerme de sus pertenencias, entre sus vestidos, zapatillas, surgió una libreta, por morbo la abrí y con infinidad de faltas ortográficas leí: «Lo que le guzta a Gi es la tarta de nues, vuscar receta para su cunple este 27 de julio» agregó una lista de mis amigos ¡Pretendía organizar una reunión para mí! Emergieron también de sus objetos la ropa y fotos de mi madre, jamás las echó a la basura, las conservó, desobedeciendo las órdenes de papá, porque luego me enteré de que era él quien no deseaba memorias.

Mi percepción ante mi vida era muy gris, taciturna, un extraño dolor me irrumpía y el «hubiera» atormentaba mi conciencia. Mi padre parecía no tolerarme, me evitaba, casi no me hablaba y «Lita» escapó. Las noches tibias y tranquilas ya eran ventosas e interminables, cuando lograba conciliar el sueño me despertaba abruptamente una voz tristísima de mujer y ruidos en la pared. Lloraba yo, lloraba ella y mi padre condenado a una eterna desolación. Esos sonidos en la pared se hicieron muy insistentes, solamente yo los oía, para mi viejo eran imperceptibles.

Temía entrar al baño y descubrir el rostro de ella por la ventanita como ocurre en mis pesadillas que cada día son más reales. Lo horrible que me aconteció fue al asear el baño, observé parte de la pared inferior destruida, como si termitas acabaran con los ladrillos y mosaicos, originando un hueco justo ahí donde ella rasguñaba el muro, ¿lo provocó mi madrastra en vida o en muerte, o en ambas? No visualicé insectos ni ratones, pese a esto coloqué veneno, pero el agujero crecía. Me dispuse a preparar una pasta para tapan la coyuntura, cuando lo hacía salió del interior del muro la sortija de mi madrastra; como si me la devolviera. Con pavor corrí sin recogerla, mis razonamientos eran un caos, me encerré en mi habitación y lloré hasta dormir. A la mañana con los ojos enrojecidos y la moral trizada me dirigí al baño, ¿la sortija?, pensé que mi padre la había recogido, él no mencionó nada, conociendo su temperamento me lo hubiera dicho, hurgué en sus cajones, no la hallé.

Mi padre ha optado por realizar un largo, muy largo viaje, en pocas palabras ya no quiere permanecer a mi lado. Sustento no me faltará, me lo ha prometido; la despedida es fría. Estamos en casa; el cuerpo inerte de mi madrastra y yo; su respiración quejumbrosa me acompaña siempre, los ruidos en el pasillo son interminables, junto con grandes ojeras en mi rostro y el semblante del abandono se refleja en el espejo. Me siento en la mesita de la cocina, la tetera hierve, me ensimismo en mis pensamientos y me interrumpen las macecitas de la ventana que se quiebran, alguien las tira, me asomo y es «Lita», que en su collar no trae su cascabel sino la brillante sortija que importó a las mujeres, me sonríe ¿o se ríe de mí? Se marcha, sé que me volverá a visitar, curiosamente el alma desconsolada de mi madrastra y Lita son mi única familia ahora.





## San Simeón

---

Daniela Salinas

**M**uddy Waters ya resonaba hasta en el más recóndito rincón de mi cerebro. El maldito disco llevaba sonando tres horas, las mismas en las que ella y yo habíamos permanecido entre las cuatro lúgubres paredes de esa habitación en el cuarto piso del hospital San Simeón. Manteníamos la misma posición. Ella se veía tan cómoda; su cuerpo hundido en el pequeño loft color borgoña transmitía su tranquilidad: el codo derecho recargado en el brazo del mueble, su pierna izquierda cruzada sobre la derecha y sosteniendo entre sus dedos una larga boquilla negra de la cual inhalaba su droga favorita para, posteriormente, exhalar aros perfectos que se desvanecían al revoloteo de

sus pestañas. Sus ojos reflejaban la viva imagen de la maldad disfrazada de una sensual astucia.

—¿Esa música es agradable para los oídos de sus pacientes? —preguntó con media sonrisa dibujada, prácticamente tragando el humo de la reciente calada a su cigarro.

—¿Le es agradable a usted, señorita Villanueva? —solté de la misma manera que ella y ésta rio fuerte. La vi aspirar de la fina boquilla nuevamente—. Repasemos las reglas una vez más. ¿Cuál es la regla número cuatro?

—Me parece que es... —comenzó, no sin antes soltar el humo y esconder su cara detrás de la cortina intangible—. No fumar. Algo que... he estado dejando de hacer.

—Evidentemente. Eso es asombroso. Permítame anotarle un punto en su control de avance —pronuncié sarcásticamente mientras rondaba los ojos hacia atrás, en un gesto de molestia—. Tiene que comprender, señorita, que desde su entrada a esta institución, usted no pertenece al mundo real, si es que alguna vez lo hizo; por lo tanto, tiene que acatar nuestras órdenes. Así que, por quinceava vez ¿Cómo lo logró?

—¿Está usted intentando copiar mis métodos o es el protocolo que debe seguir? Sabe que todos nacemos con diferentes dones y éste resulta ser el mío. Aunque lo intente, nunca lo logrará.

—Yo lo único que quiero... —De pronto, un grito ensordecedor se escuchó en todo el piso, interrumpiendo mi oración.

María Villanueva permanecía en la misma posición en la que habíamos estado durante toda la tarde-noche. Podría haber pensado que era un truco más de esta bruja disfrazada de humana, pero, dado el lugar donde nos encontrábamos, esta clase de cosas solían suceder muy a menudo. Si para algo servía el hospital San Simeón era para volver reales tus pesadillas.

Al ver que mi paciente no tenía nada que ver, decidí continuar la sesión. Estaba a punto de volver a abrir la boca cuando las tenues luces que nos alumbraban desaparecieron por completo. En medio de la oscuridad, el silencio era tangible, incluso después de aquel grito siniestro. Tanta era mi angustia que incluso los vellos de mis brazos se erizaron. De pronto, pequeñas luces rojas giratorias se encendieron en cada esquina del cuarto y una estrepitosa alarma comenzó a sonar, anunciando una evacuación. Gritos desesperados y pasos ruidos acompañaban el retumbar de la sirena. Inmediatamente tapé mis oídos, el ruido era agobiante.

—¡Ups! —escuché entre la penumbra. La risa chirriante de una asesina en serie resonó por sobre la obvia paranoia del resto de los pacientes—. Se ha ido la luz —dijo ella con su tono tan normal, tan sádico.

No me había dado cuenta en qué momento había sucedido, pero su rostro estaba cada vez más cerca del mío. Cerré los ojos un instante mientras intentaba calmarme y aspiré una bocanada de aire.

Sorpresa fue la que me llevé al abrirlos.

Me encontraba completamente solo. Las luces continuaban girando en cada esquina del cuarto pero la alarma se había detenido. Miré alrededor buscando una pista de ella, y al no encontrarla, caminé hacia la puerta que me dirigiría al corredor. La oscuridad no me permitía ver por donde pisaba, sólo sabía que el suelo estaba pegajoso. No tuve necesidad de abrir la puerta, ésta ya estaba abierta. La muy descarada la había dejado abierta para mí.

El pasillo parecía estar desierto y ligeramente iluminado por las luces de emergencia. Todas las puertas que encerraban a los pacientes estaban de par en par. Probablemente, para este momento, todos ya habrían escapado.

Di unos cuantos pasos más. El asqueroso olor que, como de costumbre, llenaba cada piso de esta

institución era cada vez más fuerte, tan fuerte que mi cabeza comenzaba a palpar. Perdí un poco el equilibrio y me sostuve de la pared apoyando mi mano izquierda, pero inmediatamente la retiré al sentirla caliente. Pensé por un momento que ese no era un calor normal, se sentía tan familiar y a la vez tan extraño. Levanté mi palma hacia dónde la luz roja alumbraba y lo noté. Sangre. Y estaba fresca. Me alejé de aquella pared a toda velocidad y miré a ambos lados del pasillo. A pesar de conocer cada metro cuadrado del hospital como la palma de mi mano, temía continuar hacia adelante, pues era como correr a lo desconocido; sin embargo, sabía que regresar por donde había venido implicaba encontrarme de nuevo con ella. Qué más daba... De cualquier forma estaba perdido.

Corrí hacia mi despacho. Mis piernas se sentían pesadas, la sangre pegada a las suelas de mis zapatos se coagulaba, transformándose en rocas pesadas. Intenté acelerar mis pasos y, al girar hacia la derecha, justo en el pasillo de mi oficina, tropecé en el momento en que mis pies se enredaron con algo, haciéndome caer.

Ya en el piso y totalmente cubierto de la sangre que se estaba acumulado en éste, me di cuenta del objeto que me hizo perder el equilibrio. No. No era un objeto. Un cuerpo degollado. Era la directora Judith. No cabía duda. Me levanté tratando de no tropezar de nuevo para confirmar lo que veía y así lo hice después de mirar su mano derecha. Su perfecto cabello recogido ahora estaba manchado de carmín y en su siempre seria expresión se encontraba una sonrisa. Habría gritado de no ser por el estado en el que la escena me dejó.

Momentos después, despegué la mirada de esa imagen tan asquerosa y lo que vi a continuación fue aún más perturbador que lo anterior. Todos los pacientes y trabajadores se hallaban sin vida y acomodados de la misma manera que la directora

Judith. La sangre corría por el pasillo como corre por las venas.

Escuché su risa detrás de mí y me giré para enfrentarla. Ahí estaba ella, con otro cigarrillo prendido entre sus dedos y mirándome con una sonrisa descarada. Dio media vuelta y caminó balanceando sus caderas hasta mi oficina. La seguí con diez pasos de distancia. Consciente de estar me condenando a muerte, me adentré en mi despacho, donde Villanueva había regresado, y cerré la puerta con seguro. Volví a insistir.

—Te lo preguntaré una vez más y quiero respuestas. ¿Cómo lo lograste? —pregunté sin aliento. Estaba asustado, confundido y excitado.

—¿Estás seguro de que quieres copiar mi técnica? No encuentro nada malo en la tuya. Es más, creo que hasta eres mejor que yo —dijo recargándose en la pared y dándole una calada a su segundo cigarro—. La idea de las cabezas es bastante buena.

Caminé hacia ella y me senté en el suelo, recargando mi espalda sobre la fría superficie vertical. Ella me imitó. Mi cabeza aún no procesaba las palabras que ella había dicho. De pronto recordé que mi mano derecha había estado pesando desde que minutos atrás había salido de mi oficina en busca de la señorita Villanueva. Cerré los ojos y con la mano izquierda, toqué el objeto que tenía en la otra. Era frío, filoso y estaba pegajoso. Sabía lo que era. Abrí los ojos rápidamente y me incorporé. Muddy Waters había vuelto a sonar. Miré al sillón y ahí estaba ella, como siempre lo había estado, con el codo derecho sobre el brazo del sillón, su pierna izquierda cruzada sobre la derecha, sus dedos sosteniendo la larga boquilla negra y, con la otra mano, sosteniendo su cabeza.





---

## Selfie

### Aura Guerra-Artola.

**E**ran las tres de la tarde, faltaba una hora para mi fiesta de cumpleaños número nueve. No tenía nada que hacer, y para colmo, el peinado ajustado a mi cráneo me mantenía inmóvil en una silla del comedor esperando a que pasara el tiempo.

Mi madre y la muchacha de servicio iban y venían trayendo bandejas para llenar la mesa con bocadillos y refresco. —Quítate de ahí, te vas a ensuciar— gritó mamá desde la cocina— Ándate al cuarto de visitas, las demás habitaciones tienen guardados los muebles de la sala.

Mamá desarmaba la casa para las fiestas, convirtiendo nuestra entrada en un immaculado salón de eventos. Siguiendo sus instrucciones me fui de mala gana al cuarto de visitas el cual se encontra-

ba al fondo de un largo pasillo. Este lugar me aterraba por las noches, de día visitarlo era tolerable por la luz que se colaba por la ventana. Teresa, la chica que nos ayudaba en casa y huérfana de una curandera del pueblo vecino, me contaba que ella entendía mi temor. A ese cuarto le decía cueva de maleficio, pero me aseguró que nada me pasaría si le rezaba al ángel de la guarda, así hacía ella cuando le tocaba entrar.

Entré a dicho cuarto, era como un museo lleno de objetos heredados. Entre ellos estaban unas simpáticas muñecas antiguas y cientos de tapetes bordados. Puse una enciclopedia en la entrada para evitar que se cerrara la puerta, me senté sobre la mecedora que estaba al lado de la cama e inicié un vaivén con la silla para espantar el miedo. Mi mirada estaba fija en la salida, aún así no pude evitar un escalofrío que se posaba en mi espalda. Era como si alguien me estaba viendo. Cerré los ojos para ignorar lo que fuera quisiera asustarme y me quedé quieta. Mi madre entró apresurada a la habitación causándome un enorme susto, abrí los ojos y solo pude observar que tiró sobre la cama el estuche con la cámara fotográfica y un abanico de mano. Alzó el libro que estaba sobre el piso y cerró la puerta. Quise abrirla de nuevo, pero elegí quedarme sentada.

Para distraerme un poco saqué la cámara fotográfica de su estuche. Tomar mi primera foto sola me causaba ilusión. Intenté tomar una imagen al azar enfocando el espejo del tocador, oprimí el disparador y salió un flash enceguedor. Hice otro intento, pero en esta ocasión con la cámara de frente a mi rostro; al disparar la luz cerré los ojos. Mi madre volvió a entrar anunciando que ya habían llegado los invitados, al ver lo que estaba haciendo me arrebató la cámara enfurecida. Salí del cuarto con la sensación de que alguien quedaba sentado en la cama detrás de mí, pero el encontrar-

me con amistades cargando regalos de todos los tamaños borró el recuerdo del extraño momento.

Al día siguiente mi madre nos convocó a todos para que viéramos las fotografías que acababa de revelar. —¡Ajá! acá están las fotos que desperdiaste —dijo mamá agitando una de las fotografías— Hija, ¿con quién estabas en el cuarto? No sabía que alguien había venido temprano—dijo ajustándose los anteojos—.

Yo estaba sola —respondí confundida—.

—Mira —puso la fotografía sobre mi mano—. Me parece conocida. Lástima que el flash distorsionó la imagen. —Mamá pronto se entretuvo con las otras fotografías. Yo me quedé con la inquietud de la niña del cuarto, todo el tiempo estuve sola.

La foto circuló hacia Teresa. —¡Ah! —exclamó— yo conozco a esta niña. La semana pasada mientras limpiaba el pasillo las vi a ambas en el cuarto de visitas, Laurita entró para sacar una de esas muñecas. Su rostro empalideció. Bueno, puede que esté equivocada. —Dijo arrepentida. En seguida pidió ser excusada—.

—Ah, ha de ser una de las vecinas entonces, no la recuerdo entrar, pero estaba tan ocupada que no es extraño. —dijo mamá sin darle importancia. —

Mi corazón se aceleraba enmudeciendo toda reacción. Disimuladamente volteaba a ver al pasillo que conectaba el área social con los cuartos. El viento parecía entreabrir la puerta haciendo temblar la madera. Quitó la mirada y escuché un sutil golpe.

—Mira como salgo de sudada en las fotos. Ni usé el abanico que compré —reprochó mi madre— Teresa —gritó— ¿no viste un abanico de mano negro? Estoy segura de que lo andaba ayer.

Teresa volvió corriendo. —Señora, recuerdo que miré su abanico en el cuarto de visitas—. Dicho esto, siguió su marcha.

—Hija, anda tráeme el abanico por favor. —No respondí—. Te estoy hablando Laura. No tenía

excusas para negarme. Mi madre recriminaba mis miedos constantes vinculándolos con las historias de terror que disfrutaba ver en la televisión. Sin cuartada a mi favor me levanté de la mesa controlando mis exhalaciones.

Entré al cuarto. El viaje era de unos cuantos pasos desde la puerta hasta la cama. Pasé el umbral y escuché un súbito ruido proveniente del estante de muñecas; no había nadie, todas estaban en su repisa sonriendo con su boca de tinta. Una sensación eléctrica se posaba sobre mi cuello bajaba hasta convertirse en un cosquilleo imposibilitando todo movimiento. Podía sentir unos ojos penetrando mi espalda. “Ángel de la guarda dulce compañía” susurré. Escuché un rechinar proveniente de la pata de la cama contra el piso de ladrillo, lo que fuera andaba ahí estaba cerca.

Mamá entró al cuarto reclamando por su abanico. — ¿Y mi abanico? —reprochó— ¡Laura por Dios niña! —gritó— ¿por qué le has hecho eso a las muñecas? —dijo señalando al estante, mismo que yo no podía voltear a ver por el sobresalto—. Recuerda que eran de la difunta hermanita de tu padre. Cuando papá mire el desastre se pondrá furioso. El dice que ella no dejaba que nadie las tocara y, bueno, él respeta la voluntad de los muertos. —Tomó el abanico y salió dando un portazo que me sacó del hechizo—.

Volteé a ver el estante. Todas las muñecas tenían la cabeza virada hacia atrás. No pude contener el grito y salí espantada del cuarto. Abracé a mi madre, una mujer poco afectiva. Me mandó a lavar el rostro con agua fría e incrédula de mis palabras, me prohibió ver televisión sin supervisión adulta.

Después de quince años no volví a recordar esta historia sino hasta hace un mes que retorné a la casa de mis padres para asistir a una boda. Ya iba por la puerta cuando mamá me recomendó llevar una chalina porque estaba fría la noche; ella

recordó que en el cuarto de visitas colgaban unas chalinas bordadas, y según ella, le irían bien a mi vestido azul de corte antiguo.

Teresa desenllavó el cuarto ahora abandonado, sin embargo, seguía manteniendo ese aire intimidante. —Hasta escalofríos me da esta cueva de maleficio —dijo Teresa dejándome sola—.

Mamá gritó desde el pasillo indicando que las chalinas estaban en el armario. Yo me apresuré a elegir la que más resaltaba mi ropa.

Encontré una de color amarillo con bordado dorado, la saqué del armario el cual emitió un sonido de rasguño profundo desde adentro. Imaginando que podía ser aire en la madera vieja seguí con mi asunto. Puse la chalina sobre mis hombros y me tomé un selfie. El armario emitió otro golpe brusco. Enrollé la chalina sobre mi cuello para salir de la habitación ya lista. De pronto se impregnó en ella un hedor putrefacto que revolvió mi estómago.

Intenté quitarla, pero se había atascado en forma de nudo cortándome el aire. El olor se hacía cada vez más intenso. Jalé la tela con ambas manos recuperando oxígeno. Identifiqué el lazo en la parte de atrás y logré deshacerlo. Al quitarlo volteé al espejo. Una sangre negra y nauseabunda manchaba mi piel.

Salí despavorida hacia donde mi madre, la cual estaba indignada que hubiese arruinado mi vestido de raso francés.

—Ay hija, siempre le has tenido miedo a ese cuarto, de niña te inventabas las historias más insólitas junto con Teresa. —Dijo agobiada mientras limpiaba mi cuello con alcohol—. La mente traiciona, es poderosa, seguro del nervio te hiciste esto sola.

—Mamá. ¿Cómo explicas la sangre y el hedor? —dije impaciente—.

—Hija, es que, ahí vivió por muchos años tu abuela, quien me detestaba de por sí. Ella bordaba

a mano mientras cuidaba a su hija enferma. Tan egoísta como la hija era temática con sus bordados, nadie podía tocarlos. En fin, ella padeció de hemoptisis. De seguro para tu mala suerte la mantilla que elegiste estaba manchada de sangre vieja y alguna crema en tu piel lo esparció. —Diciendo esto tomó mi vestido e insistente intentaba limpiarlo con bicarbonato.

No fui a la fiesta. Esa misma noche hice mis maletas y viajé hacia mi casa. En el camino llamé a mi madre, no quería irme disgustada con ella. Sin creer de nuevo mis palabras insistió que iba a deshacerse de las cosas de esa habitación para acabar con todas las historias. Agradecí el gesto.

Al llegar a casa revisé mi teléfono y encontré la selfie del cuarto de visitas. Al observarla noté que el flash distorsionó la imagen, se observaba una mancha detrás de mí. Era la sombra de una anciana. Estallé en llantos, quería mandársela a mi madre, pero preferí borrarla de toda memoria jurándome no volver a esa casa. Llamé a una amiga y le pedí que me diera posada en su casa por esa noche.

A las dos semanas papá llamó para darme la noticia de que mi madre había muerto. Según papá, se desvaneció mientras empacaba las cosas del cuarto de visitas; no podía creerlo, era una mujer extremadamente atlética y con buena salud.

Me apresuré a ir donde mis padres, era cierto. En el funeral platiqué con Teresa quien estaba desconsolada. Dijo que mamá estuvo trabajando arduamente en desalojar la habitación de huéspedes, incluso tomó fotos para poner algunas cosas en venta. Esto llamó mi atención.

Entré a su cuarto y encontré su celular aún dentro de su cartera de diario. La última foto era un autorretrato de ella sonriendo, atrás se miraba el rostro de una niña y una anciana. La pantalla estaba rota.



## Un cadáver no puede reír

### Jesús Ramírez

José Mariano se sintió animado al recibir la llamada de informe. Los días pasados el trabajo había estado flojo; tanto que casi deseaba que la muerte moviera sus invisibles hilos para darle un cadáver con el cual entretenerse; fue entonces que, sentado en la oficina de investigación, con su mente deslizándose con lentitud hasta el sueño cercano, recibió la llamada que lo alertó de un caso en el cual ocuparse. Accidente de tráfico; impacto entre dos vehículos, un herido, tres fallecidos. Caso de tipo civil en el que se analizarían posibles delitos, faltas viales presentadas durante el accidente y la potencial ingesta de sustancias tóxicas que influyeran en el choque.

Al inspeccionar las víctimas se encontró con una sorpresa que casi le sacó una sonrisa fugitiva,

inesperada y mal vista en caso de haberla dejado desplegar por completo. Era la primera vez que le ocurría, una muestra de poco profesionalismo inusitado en su carrera de aproximados 15 años ejercidos. Los rostros... aquellas caras que recordaba con tanta claridad de sus años vulnerables lo hicieron alegrarse ante la ironía del destino. Los tres muertos, dos varones y una mujer, eran sus antiguos compañeros de la escuela secundaria. La sangre que cubría sus cuerpos y las deformaciones causadas por las heridas apenas dejaban unos cuantos rasgos visibles para identificar a los muertos, pero Eddie los tenía gravados de tal forma en sus recuerdos, tatuados en su historia con tal fuerza que no podía ignorar sus identidades. Por un instante rememoró sus risas del pasado. Nuevamente se veía asaltado por una creciente sonrisa asomándose entre la comisura de sus labios. No requería ayuda y sin duda no la solicitaría para lo que se vislumbraba como el trabajo más satisfactorio de su vida. Como si todos sus años de estudio y preparación estuvieran destinados a ése preciso momento en que se enmendarían las vejaciones.

En el laboratorio, luego de múltiples estudios, las muestras revelaron lo que Mariano tenía claro desde que supo quiénes eran: alcohol en el cuerpo de los tres. Una evidente reunión escolar en que se excedieron las copas y en la que mostraron su intacta falta de responsabilidad. El conductor murió con las costillas rotas en el impacto contra el volante; el pasajero de atrás tuvo una herida de cráneo que lo dejó sin un ojo, y aquella que iba en el asiento de copiloto, sin cinturón de seguridad, salió disparada fuera del vehículo.

Develadas las causas de muerte, no quedaba más que guardar los cadáveres en las cámaras frigoríficas. Había una inusual demora en la localización de los familiares, incluso teniendo claras las identidades de los muertos. A Mariano no le importó; deseaba que sus cuerpos fueran enterrados en una

fosa común, olvidados por la historia y por los que vivieron en ella.

Algunos de los médicos se marchaban a sus casas y otros, aparentemente, iban a la oficina de investigación. Mariano, por otro lado, decidió quedarse en la sala de autopsias para, en sus propias palabras, terminar algunos detalles. Intentaba ocultar sus intenciones lo mejor que podía, pero, en instantes, se translucía su rencor ansioso de emerger, lo que él consideraba como una venganza divina, hecho de justicia poética y karma merecido.

Al estar solo con los cuerpos, miró uno con repulsión. El estado no era lo que le asqueaba, ya que tenía gran experiencia con el manejo de cadáveres y de sus peculiaridades. No, lo que le causaba náuseas era la remembranza de todo aquello que le habían hecho pasar. Casi sentía el agua sucia del inodoro subir por su garganta de 14 años.

— Nunca tuvieron compasión. Años de mi vida sintiéndome miserable, como una mierda que no merece ningún tipo de piedad o amor... ¡Y aquí estamos! Abiertos, con los huesos rotos, los órganos hechos pedazos y la vida lejos de los patéticos cuerpos. ¿De qué les sirvió burlarse día tras día y hora tras hora? Yo sigo aquí mientras ustedes no. Da igual si eran atractivos, inalcanzables, populares, y da igual si yo era un rechazado indeseable. Puede que tuvieran razón y yo no fuera más que un gordo asqueroso al que ni su madre quería, al que los maestros repudiaban, pero eso ya no importa. Ríanse ahora. Los reto a que lo hagan. Un cuerpo no puede reírse, pero un vivo sí. Yo tengo la carcajada final. Los ganadores de la escuela acabaron muertos en una avenida, en las manos del obeso perdedor, del antisocial, del fenómeno que no lograba encajar en ningún lugar. Yo gané.

Terminó su monólogo con una risa que escalaba hasta convertirse en una carcajada histérica. Sus ojos se llenaban de lágrimas con el incontenible

vomito de humor. Le hacía tanta gracia la situación que poco le importaba el ser descubierto en el acto. Se mofó hasta que un sonido grave, gutural, salido de los rincones profundos y dormidos de las cuerdas vocales del cadáver que lo escuchaba fue emitido por encima de su risa. El primer instinto de Mariano fue salir corriendo, sin embargo, se detuvo a meditarlo. Conocía los procesos del cuerpo una vez que fallece, sabía que el sonido era causado por la salida de gases que se abrían paso por la garganta. Se sintió estúpido ante su miedo. Nervioso, retomó su risa en un tono más bajo. Cerró la cámara frigorífica del cuerpo que escuchó su discurso y le dio la espalda. Tomó algunas carpetas listo para marcharse cuando, con total claridad, escuchó que otra risa se unía a la suya. De haber visto su propio rostro, lo hubiera descubierto pálido. Sintió una presión en el pecho al percibir que dicha carcajada masculina se notaba casi apagada por una especie de barrera, como una puerta metálica. Su primera conjetura fue que alguien reía en la oficina contigua a la sala de autopsias. Abrió la puerta con cuidado y se aferró de ella con fuerza para no caer luego de descubrir que la habitación de al lado estaba vacía y que la risa seguía produciéndose a una corta distancia de él.

Se aproximó a las cámaras, abrió la del cuerpo que acababa de examinar, la del ronquido grave, y cayó al descubrir el rostro enloquecido de su excompañero en un ataque de risa eufórica. Aún con las deformaciones, las heridas, el labio desgajado, varios dientes perdidos y la roja cuenca del ojo perdido abultada, el cuerpo emitía una espeluznante risa despreocupada. Era la misma risa que Mariano recordaba de su juventud.

— José Marrano —dijo el cadáver—. Sigues con el mismo cuerpo de hipopótamo. ¿No aprendiste de cuando te tirábamos comida en los recessos? Cómo olvidar cuando te lanzamos una bolsa entera de leche pasada desde el tercer piso. Hubie-

ras visto tu cara. ¿Y qué tal ese día que te hicimos creer que le gustabas a Vanessa? Insuperable.

Mariano comenzó a balbucear tomándose su cabello con las manos, dudoso de si lo que veía y escuchaba era verdad o una pesadilla desagradable. De pronto, entre la voz del muerto que hablaba se alzó otra risa apagada y, junto a ella, otra mas, perteneciente a una mujer.

— Marrano, tienes sed, vamos a que tomes un poco de agua fresca de los baños. Y a que comas también — propuso la voz encerrada.

— ¿Enserio creíste que alguien como yo se fijaría en un cerdo como tú? — preguntó la mujer atrapada en su fría cámara mortuoria.

— ¡Mira donde acabaste: hurgando entre los muertos! Vaya mierda de trabajo. Te crees mejor que nosotros y eres tú quien tiene que lidiar con los cuerpos en descomposición de cada uno. ¡Das asco! — gritó delirante el que tenía medio cuerpo afuera.

Huyó despavorido a su casa, seguro de que se trataba de un singular trasteo de su mente a causa de estrés. Confió que, al día siguiente, no volvería a escuchar ni ver nada, pero, durante la noche posterior, al estar solo en las cámaras frigoríficas, se arriesgó a abrir el casillero donde halló de nueva cuenta al muerto que reía con espasmos violentos de alborozo. De un humor retorcido con una delirante expresión demente, con el rostro destrozado, la sonrisa medio arrancada y sin un ojo que daba espacio a un hinchado pedazo de carne repulsiva. Sus brazos grises se retorcían con desesperación mientras lanzaba alaridos y palabras denigrantes. Mariano, delirante, tomó uno de los bisturíes de operaciones y se dispuso a clavarlo repetidas ocasiones sobre la garganta de su enemigo muerto. Apuñaló el ojo que seguía intacto y los labios con el frenesí de alguien que ha perdido la cordura. Fue en vano, la risa surgía sin parar. Dentro de los casilleros retumbaba el sonido del metal produci-

do por los muertos sacudiéndose ante un ataque de hilaridad. Todas las carcajadas incrementaron el volumen hasta obligarlo a cubrirse los oídos y acurrucarse en una esquina como cuando iba a la escuela. Estaba seguro de que ya no solo sus ex compañeros, sino todos los muertos ahí almacenados se burlaban de él.

El evento se repitió durante semanas que le quitaron el gusto por su trabajo y que lo hicieron sentirse igual de miserable que en la secundaria. Todas las noches era acosado por las burlas incessantes de los muertos, gritos que lo perseguían hasta su casa. Fue en una de esas persecuciones que, distraído por las voces ensordecedoras, se estrelló mientras conducía su hogar, incidente que lo mató al instante. Por azar del destino, su cuerpo casi irreconocible fue llevado a análisis en su antiguo trabajo, donde la inexplicable conciencia después de la muerte lo hizo escuchar de nueva cuenta las risas imposibles de apagar. Luego, como era de esperarse en alguien solitario sin amigos ni familia que se interesara, fue llevado a la fosa común de un cementerio, la misma que ocupaban los tres cadáveres que propiciaron su ruina. Ante la ironía de su situación, no pudo hacer más que reír junto a sus compañeros, los difuntos que lo atormentarían por toda la eternidad. Juntos, ríen todavía bajo la tierra, con los gusanos que devoran sus carnes que se pudren cada vez más.



## Pesadilla No. 367:

### Valentía forzada

---

**Karla Ofelia Benítez Mendoza**

No quería abrir los ojos, tenía miedo, el sol me lastimaba aunque apretara los párpados con fuerza. Escuché las olas del mar golpear violentamente contra la arena, mi cuerpo, tieso y adolorido, se quedaba inmóvil ante el pánico de lo que se aproximaba. Únicamente mi mente me recordaba que no era capaz de escapar. Encajé mis manos en la arena y empecé a sollozar con desesperación mientras sentía un nudo en el pecho. Si no abría los ojos, no avanzaría, no había forma de librarse

de él, era obligatorio abrir los ojos y de ahí partía la prueba, una prueba inminente.

—No quiero, otra vez no, por favor. Vete... — le supliqué llorando a la silueta que se interponía entre el sol y mi cara.

Se aproximó a mi rostro con su risita distorsionada, mientras su sombra se hacía más grande sobre mí.

—Ya voy. ¡Ya voy, no me mates! —rogué desesperadamente mientras mi cuerpo se convulsionaba del miedo.

Mis extremidades temblaban tanto que era difícil controlarlas, mis pies incluso se enroscaban a causa del miedo. Los sentía tiesos y doblados de una forma antinatural.

Al abrir los ojos comenzó la carrera. Si me alcanzaba, las consecuencias serían dolorosas, como siempre.

Tomé aire entrecortadamente, abrí los ojos y grité como cada vez que lo veía. Su cara era lo más traumático que he visto, un demonio, un ser tan ruin que cualquiera entraría en pánico en menos de un segundo.

Lo que dejaba detrás cada vez que lo veía era tan potente que se quedaba en mí mente, aunque ya no estuviera frente a él.

Me levanté con el corazón a punto de explotar, y corrí por la costa vacía. Jalé las piernas lo más que pude, pero la arena parecía movediza, se tragaba segundos de mi vida a cada zancada. Mi garganta se quemaba por el aire caliente que respiraba a la fuerza a la mayor velocidad posible. Mis pulmones ardían como si almacenaran fuego.

Mi respiración ya era bastante dolorosa cuando empecé a hiperventilar, no tanto por el esfuerzo físico, sino por el pánico.

Corrí sin mirar atrás y el miedo me entorpecía. Busqué gente con los ojos desorbitados, pero no había nadie.

Mi respiración pasó a tos y sentí que ya no era tan veloz. «Voy a morir», pensé. Miré hacia atrás y vi esa sonrisa sin rostro arrastrarse velozmente hacia mí. Pedí auxilio; sin ayuda no podría ganar. Parecía que eso le daba más fuerza, entre más me alteraba más me alcanzaba. Quería confrontarlo, pero no podía y lo sabía.

Entonces, en cuestión de segundos, me atrapó por un pie y caí violentamente contra la arena; las olas me cubrieron por unos segundos. Me sujetó del cuello y me obligó a encararlo. Sacó algo brillante de entre sus harapos mientras yo tosía: un cuchillo enorme.

Grité, supliqué que no me hiciera daño, pero estaba sonriente con disposición a todo. Sin dudarlo, me jaló del cuello y me obligó a ponerme de rodillas. Sentí algo debajo del ombligo; vi teñirse las olas de rojo. Grité cuando sacó el cuchillo y lo introdujo en mi pecho. El sabor metálico invadió mi paladar.

—Ya. Ya déjame —sollocé sin aliento—. Tú ganas, no puedo.

Pareció que mis últimas palabras lo decepcionaron, me tiró sobre la arena húmeda y caí boca abajo. Sentí otra puñalada en mi espalda. Hice un ademán con mi mano para que parara, pero no lo hizo, se puso en cuclillas sobre mí, sofocándose mientras me ahogaba con mi sangre, sal y arena. Se quedó ahí mientras yo agonizaba al jalar aire.

Me jaló del cabello para despegarme la cara de la arena, doblando mi cuello con violencia.

—Mírame —me gruñó con una voz metálica y vieja.

Cerré los ojos ante el miedo de su rostro, impotente de no poder afrontarlo. Fue entonces cuando

cortó mi garganta de lado a lado. Intenté parar el sangrado, pero era inútil. Ya no podía jalar aire, lloré mientras sentía náuseas, dolor y terror, y mi vista comenzó a nublarse.

—Hasta pronto —se despidió sonriente.

Me despertó el eco de sus garras contra el suelo. Paralizada, mientras mis ojos se adaptaban a la luz de la única lámpara en la calle, miré en todas direcciones. Buscaba de dónde provenían. Intenté despegar mi cabeza del asfalto, pero nada me respondía. Entonces, los escuché acercarse, de nuevo eran ellos. La taquicardia invadió de dolor todo mi pecho. No podía creer que eran ellos una noche más. Sí había algo peor que la cosa de la playa, eran estos seres hambrientos de miedo. Y yo tenía de sobra lo olían a kilómetros.

«Ya sabes qué hacer», me dije, «respira, es tu segunda oportunidad».

Los aullidos resonaban por todos lados cuando lograron localizarme. Pude despegar mi cabeza del suelo, bajé la mirada primero a mis piernas y después a ellos, una manada de lobos rabiosos.

Entre gruñidos, ladridos sofocados, respiraciones agitadas y mordidas corrieron hacia mí cuerpo inmóvil. El maldito alfa, de pelaje negro, venía directo a destrozarme una pierna, como siempre.

Como en noches anteriores, me miró de una forma aterradora. Sus ojos amarillentos con manchas rojas me observaban con odio; estaba dispuesto a matarme sin ayuda de los demás, los cuales peleaban por mi carne.

El lobo negro tiró la primera mordida a mi pie, el dolor fue insoportable, fue real, terriblemente real. Grité cuando cayeron al suelo tres de mis dedos; vi, llena de pánico, cómo mi extremidad se desangraba y cómo el perro salvaje destrozaba lo que quedaba de mi pie.

Grité, lloré, pero no pude pronunciar ninguna palabra a causa del dolor y el terror. Mi pie quedó totalmente destrozado, solo quedaba adherido a la pierna por un trozo de piel, pero no fue suficiente para él, con otro mordisco lo arrancó por completo y lo lanzó a su manada, la cual empezó a pelear por el trozo de carne y hueso; se mordían violentamente entre ellos mientras lo desgarraban en partes, lo mordían y jaloneaban en todas direcciones mientras yo solo lloraba. Estaba inmóvil pero podía sentir todo.

El alfa siguió con su tortura, mordió mi otra pierna, y empezó a tirar de ella de izquierda a derecha para destrozarla rápido. Su mandíbula fuerte, en segundos, logró dislocarme la tibia; solté otro grito que llamó la atención del perro negro. Levantó sus orejas y sus ojos hacia mí sin soltar mi pierna.

«¿Quieres que te suelte?», escuché sus pensamientos, era su medio favorito para comunicarse, la telepatía, claro, después de la violencia. «Olvida el miedo».

No pude calmarme, por lo que el lobo apretó más sus mandíbulas y continuó destrozando lo que quedaba de la segunda pierna.

«Si no te tranquilizas, morirás», me amenazó. Pareciera que todos lo hubiéramos escuchado porque su manada aulló, esperando el permiso de atacarme para alimentarse de mí. Pero el alfa no dio ninguna señal, ni siquiera soltó mi pierna cuando de nuevo me miró a los ojos.

Yo permanecía con la cabeza levantada hacia él, viendo los charcos de sangre, y partes de mis piernas por todos lados. Respiré hondo y, con un poco de fuerza mental, pude mover un brazo, recargué el codo en el concreto pedregoso para incorporarme lentamente sin alterar a los caninos; pero el alfa seguía aferrado al resto de una de mis

piernas. Procuré no temblar mientras me levantaba un poco. Sin embargo, con cualquier movimiento brusco, él apretaba más su mandíbula sólo para causarme dolor. Gemía silenciosamente para poder incorporarme sin que me causara más daño.

Los otros lobos asomaban sus trompas atrás de su jefe, eso me inquietó y empecé a llorar desesperada, un ataque de pánico comenzó a vencer todo instinto de supervivencia y el alfa dio la señal.

—¡No! —fue la primera palabra de la noche que pude gritar y resonó por todos lados.

La calle permaneció sin ningún alma humana cuando los lobos se lanzaron sobre mi cuerpo y empezaron a morder y destrozarse cada parte de mi cuerpo.

Gritos desgarradores de dolor inundaron aquella calle, mi cuerpo reaccionó y sólo pude cubrirme la cabeza con un brazo y con el otro mi estómago, ya no tenía una pierna, pero con la otra empecé a empujarme hacia adelante, sólo quería dejar de sentir dolor. El dolor aumentaba con cada mordida y desgarramiento de carne. Uno de ellos mordió mi brazo y arrancó todo el músculo hasta el hueso. Grité, lloré y supliqué, pero no se detenían, me mordisquearon el abdomen y sentí que un líquido ardiente se atoraba en mi garganta; hice esfuerzo por querer vomitar entre sus mordidas y gruñidos para no ahogarme y, minutos después, vomité sangre cuando empezaron a perforar mi vientre. Vi mis entrañas al descubierto.

Un momento más tarde, mi cuerpo comenzó a colapsar, sentí cómo la fuerza abandonaba cada parte de mí, dejé de protegerme la cabeza y miré hacia el cielo negro, sin estrellas, mientras los perros comían de mi pecho, de mi estómago y de lo que quedaba de mis piernas.

\*\*\*

«Naciste con miedo y morirás con él», me dijo telepáticamente mientras desgarraba la piel de mi cara. «Eres débil». Entonces pensé en lo patético que debió ser mi vida, cuestioné cada momento que no había realizado algo por miedo, era curioso, era verdad. Cuando estás a punto de morir pasan escenas a través de tus ojos, de los momentos más importantes de tu vida, y era cierto lo que él decía, sólo había miedo. Al menos, por los últimos segundos tendría que ser un poco valiente. Únicamente dejé de forcejear y acepté morir, me estaba desangrando, todo estaba por concluir en cuestión de segundos.

Entonces, simplemente me soltaron, la manada dio media vuelta y corrió calle abajo. Yo los miré extrañada, con el único ojo que no me había arrancado el alfa.

Le di un vistazo a mi cuerpo destrozado, y me preguntaba por qué seguía con vida, me sonreí, a pesar de todo. Incluso el dolor comenzaba a disminuir.

Le sonreí también al cielo negro, al cielo vacío sin luna y sin ningún cuerpo de luz. Pero de pronto escuché unos pasitos. El alfa no se había ido, seguía lleno de sangre viéndome con dureza.

—Ya no puedes hacerme más daño —le dije burlesca y recargué la nuca en el concreto para mirar el cielo y no a él.

«Te equivocas», me corrigió telepáticamente y yo levanté la cabeza para encararlo, «tú ya no puedes hacerte más daño».

Mientras lo miraba a los ojos, me transmitió todas las cosas traumáticas que se vendrían dibujando en mi destino, el alfa almacenaba todos mis miedos, pero, aunque me resultaban familiares esas sensaciones, ahora tenía más experiencia y

más valor, si de algo no tenía duda, es que ya no caería tan abajo. Ya sabía qué hacer.

—¿Te sientes mejor después de tomar la píldora?

—Sí — le respondí mientras miraba a los enfermeros.

—Ya pueden llevarla a su habitación. Hasta pronto —se despidió el psiquiatra sonriente.



## El ruido del vientre

Gabriela Castro Reynel



Soñé que me paría  
Nacía muerta  
Con las manos dobladas sobre el vientre  
Después me revivía  
Yo me miraba  
Llevaba la lluvia en los ojos  
Eventualmente  
Llovía.  
Pasaba el tiempo  
Yo me lamía como un animal que canta  
Sentía que me reemplazaba  
Y un día  
Nacía  
Nacía muerta  
Con las manos dobladas sobre el vientre  
Sentía la presión de unas manos sobre el pecho  
No sabía entonces  
Si era mi segunda vida o acaso  
Mi segunda muerte  
Yo me miraba  
Llevaba tierra en los ojos  
Y eventualmente  
Caía.



## Pupilas de loco

Victoria Morrison,

La más despiadada de todas las almas  
se conmueve con el canto de grillos nocturnos  
La mas brutal de todas las almas  
habla con las estrellas en luna menguante  
la más despreciada  
canta con voz de ruiseñor  
se queda ahí  
horas y horas y horas  
oyendo el viento  
la más ingrata alma  
lava los pies vagabundos  
cura las heridas de las manos  
alimenta las palomas en las plazas  
sonríe a los niños en la calle  
recorre el cementerio  
lee versos sobre las tumbas  
se busca en lapidas abandonadas  
descansa en sepulcros sellados  
acompaña el silencio que pasa olvidando  
y se cansa  
cae se apaga y duerme  
hasta que los jaramagos tocan sus dedos  
no logra abrir sus parpados cansados  
las pupilas de loco se agrandan  
las manos se llenan de olvido.



¿Qué es la oscuridad?  
Un recinto de siluetas  
y la luna, un cómplice  
que dibuja los caprichos  
de la maldad.  
Los murmullos esparcen  
una historia:  
Nos dicta la noche  
que una sombra hala  
el cobijo funesto de  
un festín de carne y cabello.  
La luna solloza:  
en la copa y en las hojas  
¡oh, luna! Son tus ojos  
los que acompañan a esta sombra  
con el quebrar de grilletes  
con el quebrar de las piedras.  
Silencio todos,  
una sombra deambula,  
sin tan solo, ¡hija mía!  
tus pasos no dictaran la noche  
ahora en brazos de una figura  
amorfa  
tu rostro se desliza  
de piel y sangre,  
y es la sonrisa del que te jala  
el recuerdo que te queda.

Ya que nadie te lastimará como yo  
Mi aquelarre te hizo el ejemplo  
Pero quisiste jugar a ser malo

Y aunque me cantarás  
desesperado en la noche  
donde todos te tenían pena  
ya que yo no te miraba ni siquiera

Aunque me llenarás de secretos  
De tu vida  
Cómo significaba cada pedazo de arte,  
de lienzo y de musas para ti

Cariño  
yo te lo dije  
témeme a mí

Aunque te enamoraste y me pintaste  
en cada detalle  
que tú tocaste cuando me tuviste,  
cuando no llorabas

Cariño  
yo te lo dije  
témeme a mí

Porque aunque me dedicaste  
toda tu galería  
en colecciones detalladas  
por fracciones de cosas

De partes, de cómo te enamoraste  
a sabiendas de la bruja muerta  
sí, la que te lastimó  
la que te besó mientras morías

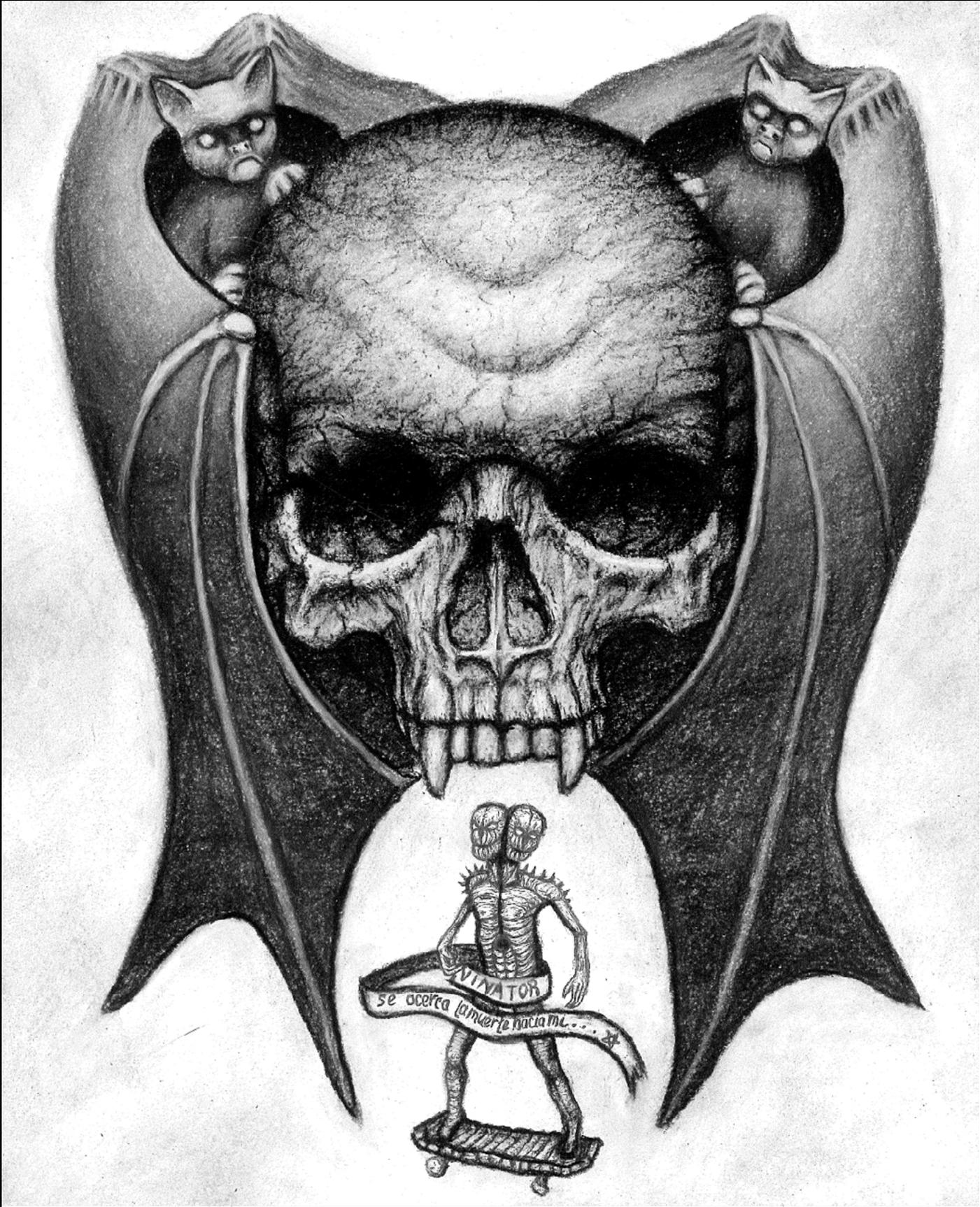


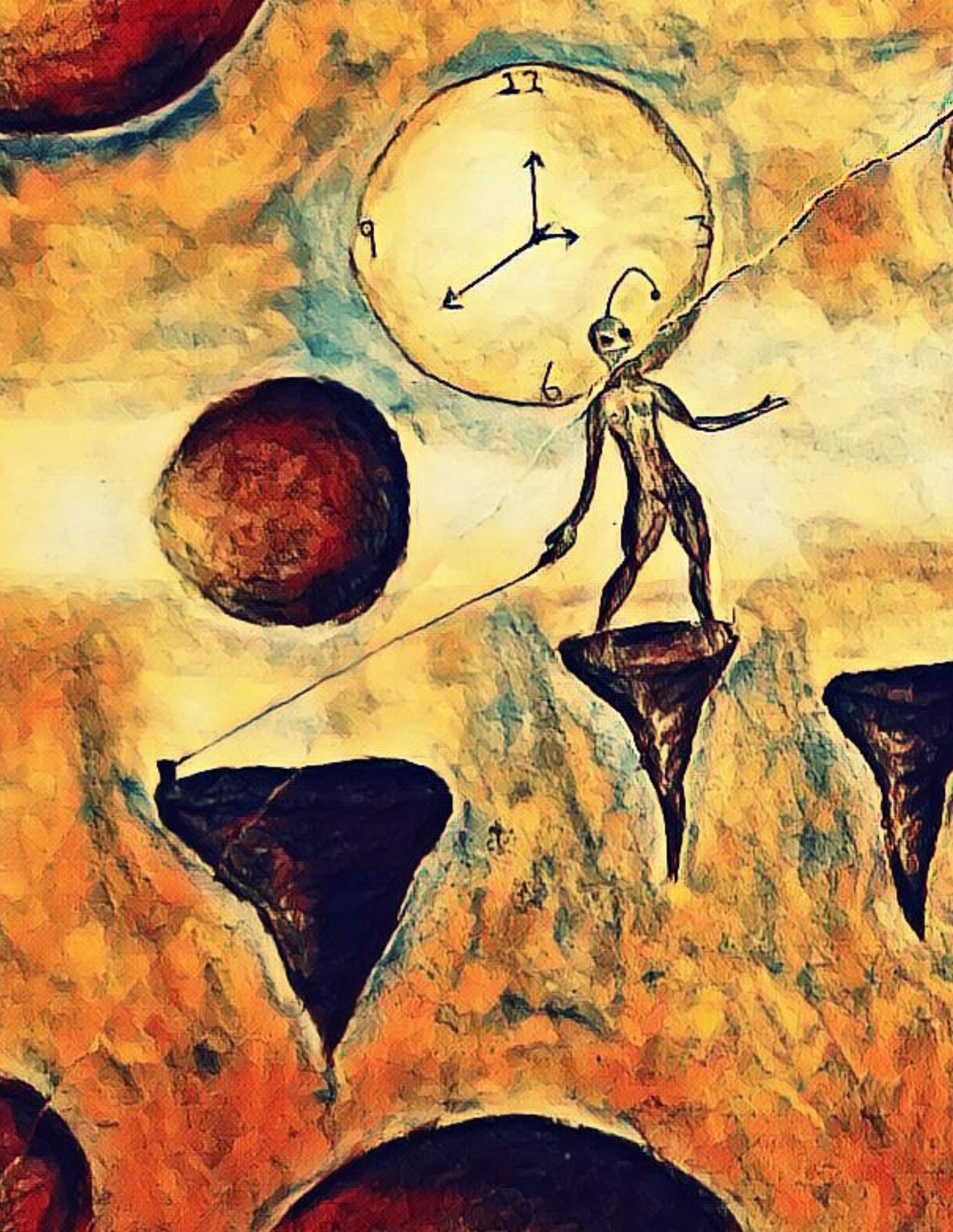


Cariño  
yo te lo dije  
témeme a mí  
Olvidaste, me amaste  
y llovió tu sangre  
te bese, te apuñale  
cientos de cuatrocientas veces

Para extasiarme  
sobre movimientos nulos  
de tu ser, de tu inmóvil  
Cuerpo frío  
Te perdí, conjuré el maleficio

Cariño  
Yo te lo dije  
Témeme a mí  
Pero me amaste  
Aun viendo que apuñalaría tu cálido corazón









## El sueño

Cynthia Márquez

Por un terrible error me fui entre la bolsa tejida de un suéter oscuro, que se agitaba por la calidez del algodón y la inclemencia del tiempo. El suéter estaba tan cómodo que nunca reparé en ese bailoteo propio del caminar cuando se lleva tanta prisa. En mis sueños, veía un dulce insecto con alas que mezclaba en sus colmillos la basura con el hongo. A la distancia, él nunca reparó en mis ojos, que lo observaban; seguramente indiferente a mi presencia. Comió y comió sin ese temor que luego infunden los humanos. Y al terminar sus patas peludas encontraron otro camino, que me fue imposible seguir. Y es que esas criaturas maravillosas se mueven con una agilidad trepadora. Yo quisiera tener la fuerza de voluntad para arrastrarme a la vida con media cabeza. Pero él estaba vivo y probablemente lo siguió. Quizá encontró otro par de ojos husmeando, otros que sí reconocía, y sus bocas se juntaron. Tuvieron mil huevos de los que seguramente yo me habría encontrado muchos, los habría espiado, mas no fue así, porque la mano fría me tocó de repente y fue tanto el asco que me botó por el aire hasta que caí en el asfalto. Quedé invalido y sin poder ver, pero en la mente, el sueño me regresó a esa imagen bendita. Frente a sus hijos, el insecto se comía a su pareja y al terminar me miró a mí.

## Cloaca

Oscar Juárez Becerril

Por la coladera sin tapa se asoman unas falanges. Un camión pasa por encima del boquete y las manos caen al agua; se mezclan con las deyecciones humanas.

\*

Pequeños cuerpos se acurrucan en los sótanos de la ciudad. Sucios cartones mojados y telas podridas los cobijan. La obscuridad y el frío velan sus infantiles sueños en los que juegan con padres amorosos, de los cuales no logran identificar sus rostros.

Las ganancias de sus lacerantes actividades nocturnas las entregan al único adulto del grupo, al que llaman «el señor», quien concentra el botín y los provee de droga y de una morada. Regresan cada madrugada al no tener otro espacio que los mantenga seguros de la presencia que los observa en sus andanzas diarias, siempre encaramada a las sombras de los edificios.

\*

En la cotidianidad del ruido se pierde un grito desgarrador, se apaga entre la multitud de sonidos ciudadanos.

\*

Al alcanzar los dieciséis años pueden irse del escondrijo, al menos esa es la promesa que los niños escuchan cuando arriban al lugar. Algunos mueren antes y otros ni siquiera saben su edad. Lo que en verdad esperan es la fiesta que

les prepara su vigilante; único día donde se dan el lujo de comer hasta saciarse.

Hoy, uno de los niños se ha despedido. «El señor» lo abraza por primera vez desde que llegó a la casa. Su frío cuerpo despide la fragancia de lo podrido, de lo más abyecto; concentra las perversiones de su vida. El sujeto retrocede y su silueta se pierde en el caño.

Al niño le tiemblan las piernas al caminar por la alcantarilla, se siente escudriñado como en las noches. Cuando comienza a correr, escucha el chapoteo de algo que lo sigue. No se detiene, comienza a subir las escaleras que lo acercan a la libertad. Al aferrarse a la salida, su adrenalina explota en colores que se apagan; el dolor lo inunda.

\*

Unas manos cercenadas se aferran a la salida del desagüe.

## Después de la cena

Lorena Gutiérrez Aviña

**R**ealmente me habría gustado tener una razón para actuar como lo hice. No me vea así, ¿qué espera que le diga? Ahora que estoy calmada ya no puedo rastrear mis acciones... Sí, estábamos cenando. Ya se lo conté, dijeron algo que me hizo estallar, me levanté y luego estaba aquí... ¿Cómo me voy a acordar de lo de anoche? Apenas sé qué pasó esta mañana... No, no me digo

inocente, me digo inconsciente... Pues claro que amanecieron en sus camas, ahí tenían que estar, ¿dónde más debía ponerlos? Mi papá tenía que ir a trabajar y mi madre también, mi hermana se iba a levantar más tarde que yo y siempre le molesta la luz, ¿dígame usted qué otra forma había de no molestarla?... ¿Que dónde están sus ojos? Pues en su tocador, para que no se le pierdan... Pero la dejé bonita, ¿ya vio las fotos? La maquillé y todo para ahorrarle la molestia en la mañana. Hasta le preparé la ropa, ¿eso no me hace una buena persona? ... Discúlpeme, pero usted sólo ve lo malo de esto. Si fuera un asesinato a sangre fría, los habría desollado y luego enterrado en el jardín, o los habría quemado, pero no lo hice, los dejé casi listos para su rutina, nada más era levantarse y lavarse la cara... ¡No me interrumpa y vea las fotos! Mire cómo les tapé las heridas, mire cómo limpié toda la casa. Es eso lo que querían, válgame. Y si ustedes no hubieran ido por mí, hasta habría terminado mi tarea antes de las nueve de la mañana, ¿qué clase de adolescente hace eso? Nada más yo... Ah, pues es que ya voy recordando. Sí, ayer me dijeron que tenía que limpiar la cocina después de cenar porque nunca hago nada, ¿usted les cree? Qué molestia, si hago lo mismo que ellos. No hubo de otra y usé lo que tenía a la mano, pero el cuchillo de sierra es muy sucio y hasta creo que a mi mamá le quedaron trocitos de queso en la garganta, es que estábamos cenando. Como sea, no lo vuelvo a usar. O sea, no vuelve a pasar. Ahora déjeme ir a comer, me muero de hambre y mi mamá me prometió caldo de res para hoy, se me va a enfriar si me retiene más tiempo.

## Ella te mira

---

MarieM

**E**staba en la cama cuando sentí una mirada pesada que me hizo despertar, dirigí la vista en dirección al clóset, ahí había una niña, era un fantasma; su palidez y su cadáver carcomido la delataban.

Volteaba ocasionalmente a verla, apartaba la vista y jalaba la cobija intentando que su insistencia no me pasmara más de lo que podía permitirme.

Después de un largo rato sin cambiar el tenor del suceso, nuestras miradas se cruzaron inevitablemente, nos miramos sin parpadear y ella sonrió con ironía, luego dijo “no soy yo quien te mira, quien tú buscas está contigo en la cama”.

## Flores de azalea a las 3:00 a.m.

---

Saúl Reyna

**A**yer los vi caminando otra vez. Eran las 3 a.m. Aquel hombre de vestimenta sencilla, pantalones caqui, camisa negra y un sombrero antiguo, caminó por las callejuelas que rodean la plaza. Venía desde las afueras. Mi mamá dice que miento, pero puedo asegurar que he visto fuego detrás de él y escucho lamentos cuando toca la guitarra.

Siempre lleva flores de azalea y se dirige a la parte baja del puente que atraviesa el río, donde ella se ahogó. Mi mamá dice que miento, pero

detrás del velo y la putrefacción, yo sé que ella sonríe.

Saber que el hombre de los cuernos y la mujer que grita tienen una cita parece una escena tierna. Pero, aunque mi mamá no me cree, yo sé vienen por mi alma.

## Hada de los dientes

---

Nohemi Damian de Paz

**M**e encuentro encarcelado en unas paredes blancas. Mi cuerpo está recostado en un sillón incómodo y rechina cada vez que me muevo un centímetro. No puedo levantarme: mis manos y mis pies están atados a este sillón. Respiro hondo y trato de recordar cómo llegué a este lugar, pero mi memoria me falla. Mi estómago se revuelve y me exige vomitar.

Volteo a mi derecha y después a mi izquierda. La luz, que supongo proviene del techo, es radiante como el sol y me impide enfocar bien. Además, me percaté de que no tengo puestos mis lentes; alguien debió quitármelos antes de sujetarme a este asiento. Hago un esfuerzo y observo un poco más. Me parece extraño la falta de ventanas, no hay una sola. También me doy cuenta de que las paredes son colosales porque no localizo donde comienza el techo. Agudizo mis oídos y no escucho ningún sonido afuera de la habitación. Ya no lo soporto. Me nace una profunda desesperación por gritar. Abro mis labios, sin embargo, no emito ningún sonido y cierro los ojos con resignación.

De repente, al intentar que mi boca se cierre, unas suaves manos la detienen. Son diminutas,

## La verdulera

---

Ignacio D. Arellano Torres

aterciopeladas y muy fuertes, tanto que impiden que mis labios se sellen. Mi reacción inmediata es levantar la cabeza hacia la dirección de aquellas manos; no obstante, la criatura me lo impide. Solo abro los ojos como platos para mirar quién es él o ella, o lo que sea que esté abriendo mi boca con tal fuerza que, pareciera, me romperá en dos; no sé si es mi imaginación, pero escucho cierto crujido proveniente de mi mandíbula.

Mis ojos están empañados por la luz y me inclino un poco hacia la derecha para refugiarme en la escasa sombra de aquel ser. Es «ella».

Su sombra, que se refleja en una de las paredes, me da una idea de cómo es: tiene rasgos humanoides como los de una mujer y unas grandes alas como las de una polilla.

Al retirarse, cierro mi boca y al juntarse mis dientes, descubro que desaparecieron algunos. Uno, dos, tres, cuatro... Antes tenía mi dentadura completa; seguro me las quitó. La localizo rápidamente y veo horrorizado en una esquina del cuarto cómo mastica mis perfectos dientes como un animal, los que tanto cuidé con ortodoncia. Deseo gritar de nuevo y solo causo que mi sangre manche el piso blanco.

Me levanto agitado. Veo mi reloj que marca las once en punto. De nuevo una pesadilla. Paso una mano por mi frente: estoy sudando. Me inmovilizo de inmediato cuando noto que en las cortinas de mi cuarto se proyecta la silueta de una criatura con alas que, parece, está por devorar un diente.

La vendedora estaba confusa. ¿Por qué después de tantos años siendo una clienta fija se iba ahora a comprar al puesto de Roberta, al otro lado de la plaza? ¿Había hecho algo mal? Su orgullo de verdulera le dolía, y estaba decidida a hacer algo al respecto.

Eran las ocho y media de la tarde. El niño había regresado ya del parque y estaban sentados todos a la mesa. Se agarraron las manos y la pequeña fue la encargada de agradecer a Dios por los alimentos que tenían sobre la mesa.

Un golpe fuerte sonó en la puerta. Otro golpe fuerte y la puerta se partió en dos. Con las coletas desgredadas, la frente sudorosa y las mejillas coloradas, tenía los ojos fijos en la familia, que se abrazaba, mientras empuñaba firmemente el hacha entre sus manos de verdulera. La policía se la llevó la mañana siguiente, mientras los vecinos miraban boquiabiertos las cabezas expuestas entre berenjenas, melones y apios.

## Miedo

---

María Pinto del Solo

El recién nacido llora rabioso y la madre camina acelerada por la calle, empujando frenética el carrito. «Aguanta, que ya estamos», implora. Pero él no para, sino que llora más fuerte. Al mediodía, con ese calor asfixiante, la calle está

desierta. La madre se seca los hilos de sudor de la frente; al salir estaba tan agotada que había tomado un jersey de invierno del armario. Siente las axilas mojadas y no puede sacarse de la nariz el desagradable olor de su propia transpiración. «Casi llegamos, mi amor, yo sé que tienes hambre, pero ¿dónde te voy a dar el pecho aquí?». El llanto se vuelve histérico y la madre solloza de angustia. Es su primer bebé y ella quiere ser una buena madre, pero siente que no sabe hacerlo bien. Lo toma en brazos y con la otra mano empuja a duras penas el carro mientras, con el hombro, trata de secarse la frente y con la mirada, busca desesperada donde hacer una pausa. «Allí». Entra en el local, se sienta en la silla, le da lo más rápido que puede el pecho, él lo toma entre sollozos y se calma. Se calman los dos: la madre suspira y cierra los ojos. Podría quedarse dormida allí mismo. «Solo un momento», piensa. El tiempo se para y por un instante ni ella misma sabe si se ha quedado dormida o no.

De pronto, el corazón se acelera, siente pánico, se da cuenta. Abre ojos con expresión de terror y mira a su alrededor: las lunas del escaparate han sido pintadas de negro por dentro y apenas dejan entrar luz, no hay muebles en el local, solo la silla en la que ella está sentada en el centro de la habitación. Las paredes están desconchadas -hace mucho que cerró la tienda-, el suelo está cubierto de polvo y de viejas facturas. La madre no recuerda porqué ha entrado allí. ¿Había visto la puerta abierta? Sí. O... no. ¿Acaso no ha sido un hombre el que le ha hecho señas desde el umbral para que entrara? Una terrible sensación le recorre el cuerpo. Recuerda el sonido de las llaves cerrando la puerta tras ella. Aprieta al bebé contra su pecho. Se ha quedado dormido.

Le parece oír algo, lejos, abajo. Ve una puerta pintada de negro a su izquierda y piensa que seguramente da al sótano. Se cubre el pecho

despacio, sin hacer el mínimo ruido y se levanta con sigilo. Aún no se ha enderezado, cuando la puerta se abre.

Era él, sí. Sus ojos tenebrosos la miran sin pestañear. La madre podría intentar correr hasta la puerta, pero no lo hace: sabe que está cerrada. Le mira suplicante.

«Gracias –dice, como la cortesía fuera a servir de algo–. Gracias por permitirme entrar».

«Por supuesto –responde el hombre limpiándose de saliva que le resbala por la comisura de los labios–. Le estábamos esperando».

Se acerca a ella con los brazos extendidos hacia su bebé.

## Un bulto

Pedro Manuel Chavarría Xicoténcatl.

Es algo muy extraño. Nunca me había sentido así, eso es seguro. Es como si me hubieran conectado repentinamente al enchufe. Supongo que así deben sentirse los aparatos cuando los enciendes. ¿Surgido a la vida?. No puedo decir que haya despertado, porque eso se siente y yo ni lo siento ni estoy acostado. Aquí estoy, de pie. No veo nada. Está muy oscuro, mis manos tantean el vacío; al parecer no hay nada, al menos nada que yo pueda tocar. Bueno, sí hay algo: estoy parado sobre él: el piso. Puedo sentirlo con mis pies. O sea que no tengo zapatos. Raro. Nunca me ha gustado estar descalzo. No puedo ver mis pies. Muy raro.

¿Podré caminar? No es fácil andar en la oscuridad total. Podría tropezar con algo, o peor aún:

caer en un precipicio. ¿Cómo sé que no estoy al borde de uno? Tendré que obligarme a caminar. Empiezo por levantar un pie. Raro. Siento que está adherido a algo pegajoso, como un lodo viscoso. Me invade el asco. Quién sabe en qué estoy parado, pero me llega otra señal del exterior: un tufo dulzón. Sé que lo conozco pero en este momento no puedo identificarlo.

¡Por fin! Algo veo. Mi vista solo capta un cono que se ilumina al frente, como los faros de un auto en la niebla. Escudriño a mi alrededor: negrura infinita. Esto me estruja las entrañas. No voy a aguantar mucho así, la oscuridad me muerde. Volteo hacia abajo: ¡mis pies! Ya los veo y para mi terror veo el lodo viscoso: ¡sangre! ¡Por eso el tufo dulzón! Ahora lo comprendo. Estoy parado en un charco de sangre.

Sigo escudriñando y a unos pasos descubro un bulto alargado. Es un cuerpo. Está caído, como muñeco dislocado. Me da la espalda, por lo que no veo su rostro. Con mucho miedo y batiendo la sangre me aproximo. Es un hombre corpulento. Me atrevo a voltearlo con un pie, total, peor que la sangre no se puede ya. El cuerpo gira inerte y queda boca arriba. De inmediato llaman mi atención dos tajos profundos a cada lado del cuello. La sangre es de este hombre, lo han degollado hace poco: no está rígido.

Ahora me atenaza un miedo espantoso, una angustia indescriptible, y ni siquiera entiendo por qué ahora esta vorágine repentina. No quiero seguir viendo, sin embargo no puedo cerrar los ojos. Sigo viendo muy a mi pesar. Del cuello paso a la cara, como si me estuvieran forzando a mirar lo que no quiero mirar. Me desgarró por dentro. Ese bulto soy yo.





KO

TO

KO

## Estibali Méndez

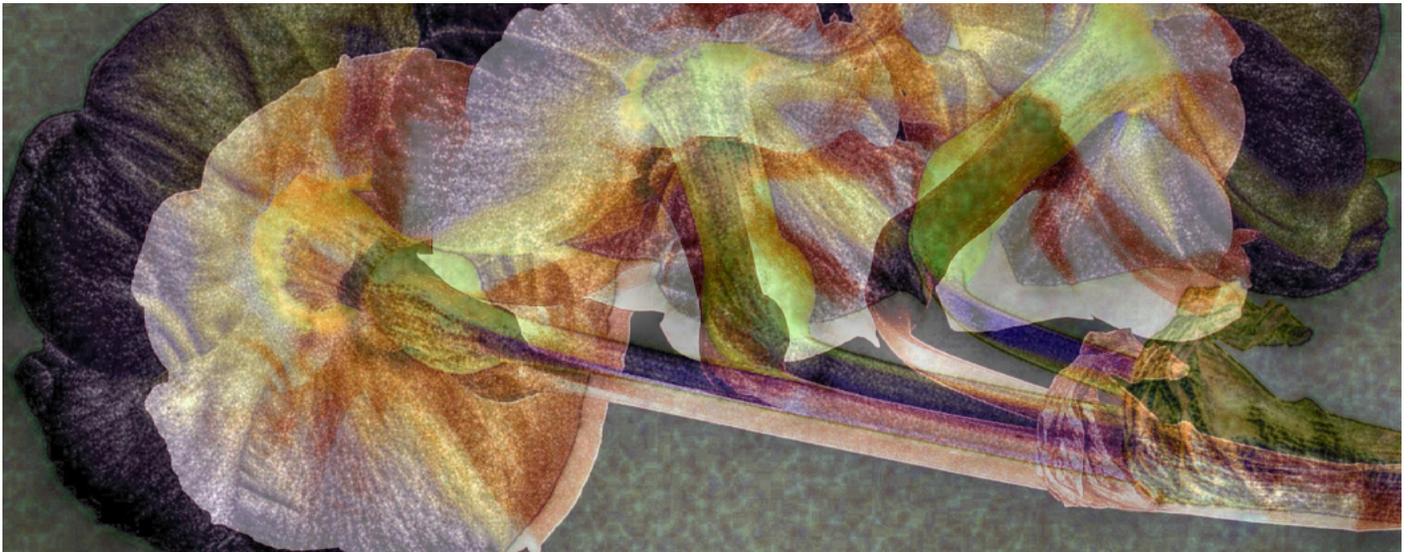
Es horror es la sombra que se ciñe sobre la humanidad. Es la muestra de la vida misma ya que habita en el interior de las almas. Por ello, durante siglos, los artistas se han interesado en representar sus perspectivas del miedo. Novelas góticas inolvidables como *El Castillo de Otranto* o *Cumbres Borrascosas* han empleado la fragilidad de la psique humana como un puente entre lo fantástico y lo mental. Más adelante, narradores como Edgar Allan Poe enriquecerían el género al integrar elementos puramente psicológicos en sus relatos oscuros.

Otras representaciones artísticas también han contribuido al desarrollo de estos temas, como la obra de Iván «El terrible» y su hijo, pintura del ruso Ilía Repin que retrata magistralmente las consecuencias de los arranques psicóticos. En cuanto al cine, desde su inicio se ha mantenido vinculado al horror, prueba de ellos es el expresionismo alemán, primer movimiento del nuevo arte que se enfoca en la barbarie de la mente humana. Películas de los años veinte como *Nosferatu*, *El gabinete del doctor Caligari* y *Der Golem* son ejemplos sólidos de la fascinación por darle explicación a lo atemorizante.

*Kotoko* es una producción japonesa del 2011 dirigida por Shinya Tsukamoto, famoso por la película de culto cyberpunk *Tetsuo: The Iron Man*.

El resumen de la película es simple: *Kotoko* es una mujer joven, incapaz de distinguir entre la realidad social y la ficción macabra desarrollada por su propia mente enferma. No obstante, contrario a lo que este breve perfil descriptivo nos podría indicar, ella quiere vivir. A través de dolorosas heridas autoinfligidas busca perfilarse entre el mundo real y las oscuras fantasías que su psique no deja de crear. Aunado a esta compleja existencia, *Kotoko* es madre soltera, así que también debe hacerse cargo de un pequeño bebé, busca protegerlo a toda costa del mal que ella cree que los asecha. Sin embargo, *Kotoko* tiene una afición que aparta parcialmente a las pesadillas conscientes: el canto, que se emplea como un bálsamo para su psique dañada, al entonar las canciones que revolotean en su entorno, ella es capaz de calmarse.

El primer plano detalle de la película muestra las muñecas sangrientas de *Kotoko*, esta presentación del personaje es una clara señal de los horrores que se avecinan. Posteriormente la historia se centra en una contraposición entre la calma mundana y el caos mental de *Kotoko* propio de su condición. Su lucha implacable por mantener la calma se ve interrumpida por las constantes alucinaciones violentas que se presentan ante sus sentidos. Desde asesinatos horribles, hasta rostros desfigurados, la mente de *Kotoko* desarrolla las escenas más retorcidas que un ser humano puede imaginar. Las tomas de cámara en mano armonizan con las respiraciones agitadas de la prota-



gonista; el temblor de los pasos inseguros de la protagonista balancea el lente a un ritmo frenético.

Las enfermedades mentales tienen muchos rostros que se mezclan en el anonimato, aquellos que logran identificarlos, son castigados con experiencias sensoriales violentas que merman el espíritu y la estabilidad. Kotoko nos envuelve en su paranoia musical. La cámara danza al compás impuesto por ella, a veces utópico, a veces distópico. Una mirada a la acera de enfrente desencadena en un ataque de pánico; la sonrisa de un niño que se desvanece ante su doble; el tenedor que clama por causar dolor. Todo esto forma parte de la dolorosa normalidad de la protagonista. Es importante señalar que esta película se basa en un hecho verídico, puesto que la misma protagonista experimenta esas mismas alucinaciones, se trata de la cantante japonesa de pop Cocco, que sufre de trastorno bipolar. Al dar a conocer su historia, Tsukamoto se interesó por llevarla a la pantalla grande, así que en conjunto plasmaron las visiones y dificultades que una persona neurodivergente debe afrontar.

Kotoko es una película brutal en lo profundo, temerosa de sí misma, como la marea que huye para regresar con más fuerza. La protagonista es asechada por la violencia proyectada como un ca-

leidoscopio en su vida y, aun así, es capaz de maravillarse ante la belleza simple de la cotidianidad; no hay un camino fácil para Kotoko. No obstante, ella está dispuesta a transitar por senderos lúgubres con tal de poder mirar el cielo azul. Kotoko es una oda a los pensamientos sombríos que polulan en la mente, es un abrazo severo a la soledad de una mujer triste, es la aceptación del horror que vive en nuestro interior.

### Referencia

Tsukamoto, S. (Director). (2011). Kotoko. [Película]. Third Window Films (UK).



S

